

ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

PETER KAPRA

EPIDEMIA

Epidemia
Peter Kapra

Colección Espacio el Mundo Futuro/446

CAPÍTULO I

DESDE su mesa de trabajo, a través de los gruesos cristales de la cámara Insonora que le servía de encierro, Herbert Breck vio a Lena aparecer en la angosta puerta, al pie de la escalera metálica. Inmediatamente, el joven ingeniero sintió el enervamiento que parecía transmitirse de ella a él, cada vez que su compañera Lena Defring se le acercaba.

La joven era maravillosa. El no había visto jamás, ni creía que existiera en todo el universo, una criatura tan bella. La amaba, pero jamás se lo había dicho.

Lena era la ayudante del doctor Gurk, el jefe del instituto, y su cargo radicaba en Coordinación Técnica, lo que la obligaba a permanecer en estrecho contacto con todos los colaboradores del programa de investigación llevado a cabo en aquel centro privado.

Lena entró en la cámara intermedia y le hizo una seña, sonriendo.

Herbert pareció salir del ensimismamiento producido por la aparición y proximidad de ella y pulsó un conmutador. Silenciosamente, la compuerta exterior de la cámara intermedia se cerró, dejando a la muchacha del buzo blanco dentro de una cabina de reducidas dimensiones, donde, por medios automáticos y electrónicos, se produjo una especie de vacío atmosférico, de índole muy peculiar; luego, transcurridos unos segundos, se abrió, también automáticamente, la puerta interior.

— Hola, Bert — saludó entonces, Lena Defring, con una delicada sonrisa —. Siempre aislado del mundo. ¿No te aburre esto?

—No, gracias a mi trabajo y a tus visitas.

Ella tomó una silla metálica, más liviana que el aluminio, y se sentó, apoyándose en la mesa de él.

—Eres muy adulador, Bert.

—¿Te molesta?

—No. Me halaga. Pero dejemos eso. El «Doc» quiere saber cómo van tus ensayos. Se está acercando el momento temido.

Herbert Breck frunció el ceño.

—Lo siento, Lena. Esto no progresa.

La joven torció el gesto.

—Me gustarla ayudarte, Bert. Tengo confianza en ti. Plena y absoluta confianza. Tú lo sabes. Te he defendido siempre que me ha sido posible. Pero... «Doc» dice que llevas un año en esas lámparas y...

—¡No son lámparas, Lena!

—Lo sé. Son palabras del «Doc». Quizás, algún día, te concederán todo el mérito que mereces. Ahora, la verdad, es que el instituto ha invertido mucho dinero en estas experiencias, y el resultado ha sido negativo. Eso es lo que ocurre. Este lugar, aislado enteramente de todo, sin vibraciones ni interferencias externas, cuesta a la fundación más de cien millones de dólares. «Doc» tiene una gran responsabilidad sobre sus hombros. Ayer mismo, los consejeros le advirtieron que era preciso reducir gastos a todo trance. La situación es precaria.

—¿Piensa el doctor Gurk prescindir de mí? —exclamó Herbert, alarmado, empezando a incorporarse—. Admito que no he llegado g obtener resultados esperanzadores aún. Pero no es culpa mía. Me envían el material deficiente. No es posible obtener omiones de O'OOOI angstróm. ¡Pero yo lo conseguí e hice mi demostración doctoral con ello!

—Lo sabemos, Bert —condescendió Lena, pretendiendo mostrarse amable—. Nadie te discute eso. Se aceptó tu tesis y se te facilitaron los medios para llevar a la práctica tu Idea. Ahí lo tienes. —Lena señaló en derredor los delicados aparatos electrofisicos que invadían las estanterías de la cámara aislada — . Pero el instituto atraviesa un periodo de crisis...

—¿Y el doctor Gurk pretende sacrificarme? —preguntó Herbert, con voz quebrada.

—No es eso, Bert. Sólo me ha dicho que desea resultados.

—Si tuviese ayuda eficaz, yo habría conseguido separar los omiones negativos de la luz... ¡Habría descompuesto el fotón, Lena!

Estoy solo. No puedo consultar más que con el profesor Kereff, por radio o por carta. Sólo él me entiende y aconseje,. Dos seres aislados en el mundo y separados por dieciocho mil kilómetros... ¡Naturalmente, con esas restricciones, no será posible instalar un 3 D directo!

—Ni lo sueñes, Bert.

—Entonces... —Herbert Breck separó las manos en un elocuente gesto de impotencia — . ¡No podré continuar!

—¡No, eso tampoco! —exclamó Lena—. Es preciso seguir con más ahínco que antes. Si necesitas ayuda, yo te la prestaré.

—Llevo veintitantos días aquí encerrado, sin ver la luz del sol, Lena —musitó él, dejándose caer en su asiento, con desaliento—, Tengo un problema que resolver y el cálculo matemático se resiste. No es problema de computadoras. Necesito unos datos inexistentes. Sé que están en alguna parte, quizá flotando en el vacío, camino de nuestro planeta, en forma de corpúsculos de luz. Pero no han llegado aún hasta nosotros... Y por eso no adelanto. Lo lamento, Lena. Creo que no puedo seguir. Iré a ver a «Doc» y le presentaré mi renuncia. Esto suprimirá gastos...

—— ¡No te lo consiento! — gritó Lena, inclinándose hacia su interlocutor—. Debes continuar... ¡Y continuarás! Tengo el presentimiento de que este trabajo puede dar resultado. Si obtienes algo, podremos presentarlo al mundo y obtener el prestigio y el crédito que necesitamos. Esta es la idea de «Doc». Hay que obtener algo para salir de la crisis en que estamos. ¡Algo, Bert; lo que sea!

***

«Algo» estaba ocurriendo ya en La Tierra, en aquellos momentos. Primero fue un caso; luego fueron diez y pocos meses después, los casos se habrían de contar por millones, ¡por cientos de millones!

Sentado en el jardín del Asilo de Ancianos de Curtney, Silas Brown, un hombre de noventa y seis años, se desplomó sin sentido. Sus compañeros se alarmaron y acudieron las enfermeras, llevándose el cuerpo trémulo del viejo Silas.

El doctor Askell, gerontólogo del asilo, fue requerido inmediatamente para asistir al enfermo. Pero el primer examen desconcertó al médico.

—¿Qué ha comido? —fue lo primero que preguntó Askell.

—Igual que los demás —le respondió una enfermera — . Bueno, supongo.

—Averigüe si ha ingerido algo fuera de horas... O si ha bebido algo. Hay que revisar el agua, analizar líquido y alimentos. Este hombre sufre una intoxicación.

En aquel momento, se inició el proceso más asombroso e increíble que jamás pudo soñar hombre alguno. Sólo fue un anciano que se sintió indispuesto, atacado de náuseas, vómitos y fiebre. En tres días, el enfermo dejó de existir, muriendo en brazos de una enfermera.

Pero todos los esfuerzos de Askell para averiguar lo que había ingerido el anciano fueron inútiles. Tampoco dio resultado el análisis del agua, ni el de alimentos. Todo estaba en perfectas condiciones de higiene.

Así mismo se comprobó que en las vísceras del viejo Silas Brown no existían vestigios de nocivos. Y esto era lo sorprendente.

¿De qué había muerto Silas Brown?

El doctor Askell hubo de admitir su fracaso e incompetencia. Quizás el enfermo había vivido algunos años más; pero hubiese llegado un día en que su existencia terminase y, agotado por los años, su organismo dejaría de funcionar. Las enfermedades de los viejos, y Askell, como gerontólogo, lo sabía muy bien, eran delicadas. Un catarro podía llevarse a un anciano a la tumba... pero el viejo Silas no murió de un catarro. Los síntomas habían sido otros. Askell habría jurado que su paciente ingirió algo en malas condiciones y su organismo se resintió, no pudiendo recuperarse.

Y un caso parecido le ocurrió en la Maternidad Social de Oporto, Portugal, al doctor Osaldo Carreira. Pero su paciente, en esta ocasión, fue un niño recién nacido.

Se trataba del primer hijo de un matrimonio joven. Y Carreira lo trató con el esmero de siempre.

El padre, un joven nervioso y excitado, llamado Ortega, estuvo viendo a su primogénito a través de los cristales, mientras lo sostenía en brazos una enfermera protegida con mascarilla antiséptica.

—Le felicito. Ha tenido usted un niño espléndidamente sano —dijo Carreira.

—Gracias, doctor.

A los tres días, el bebé de los Ortega empezó a devolver el alimento, a llorar rabiosamente y a crisparse. Murió a las seis horas, sin que Carreira, que le administró desesperadamente toda clase de medicamentos, pudiera hacer nada por salvarle. El padre del niño demandó al doctor acusándole de incompetente e ineficaz.

Intervino un tribunal y se realizó la autopsia del niño. El permiso profesional de un médico quedó retenido. La justicia intervino. Y los medios informativos dieron la noticia.

«¡ Médico de Oporto acusado de infanticidio!»

Lo extraño del caso fue que ni siquiera la junta de médicos reunida en torno al cuerpecillo abierto del bebé muerto pudo averiguar la causa de la defunción.

Un juez, testigo de la autopsia, ante el desconcierto de los analistas, preguntó:

—Y bien, caballeros... ¿de qué ha muerto la criatura?

—Lo siento. Todos los análisis han dado resultado negativo.

—Legalmente, ¿qué significa eso?

—Nada. Nos declaramos incompetentes para diagnosticar la causa del deceso.

Atónito, el juez no pudo por menos de exclamar:

—¿Cómo es posible eso, señores?

—Anótelo usted así. Ignoramos qué ha motivado la muerte. Pero queremos hacer constar que el doctor Carreira no ha tenido la culpa. Lo sucedido a él podía habernos sucedido a nosotros. Este niño ha muerto a causa de una parálisis cerebral, lo cual no significa absolutamente nada, dado que su organismo, completamente sano, no tenía por qué funcionar mal.

¡Parálisis cerebral!

Este fue el diagnóstico que prevaleció. El centro motor del organismo se negó a funcionar, apagó los latidos de un tierno corazón y sobrevino la muerte. Un caso aislado.

Osaldo Carreira fue declarado inocente.

* * *

Pero, en pocas semanas, se produjeron más de cuarenta casos similares en distintas partes del mundo. Desde Tanganika a Oslo, y

de Berlín a Singapur, el brote de muertes por causas desconocidas empezó a extenderse.

No hubo salvación. para ningún caso. La única diferencia era la mayor o menor resistencia a la muerte de los pacientes. Había quienes morían en pocas horas y otros luchaban durante varios días. Al final, todos morían irremisiblemente.

Al cabo de unos meses, los casos se generalizaron de modo tan alarmante, que ya no eran sólo los recién nacidos y los ancianos, sino niños de uno o dos años y hombres de sesenta y setenta años.

Pero la terrible y devastadora epidemia se extendía ya por todo el globo terráqueo y los casos se contaban por millares.

Intervino el Consejo de la Salud Mundial y se acordó el cierre inmediato de todos los espaciopuertos del globo, quedando La Tierra aislada de las estaciones siderales y núcleos humanos de la Luna, Venus y Marte, donde existían varios cientos de millones de emigrantes y colonos, que, de momento, no parecían afectados por la misteriosa epidemia.

¡Y las muertes seguían produciéndose a ritmo cada vez más creciente!

* * *

El doctor Gurk, en persona, se presentó en el laboratorio de trabajo de Herbert Breck. Le acompañaba su ayudante, la doctora Lena Defring. Ambos mostraban aquellas huellas de preocupación en el rostro.

Herbert salió a recibir a sus visitantes a la puerta de la cámara intermedia. No sonrió, porque la expresión de su jefe no le dio pie para ello.

—¿Está usted enterado, Breck? —preguntó en primer lugar el serio y barbudo «Doc», jefe del instituto fundado por su abuelo.

—¿Enterado de qué? ¿Se cierra el instituto?

—No. De epidemia.

—¿Qué epidemia?

—Se lo dije, doctor Gurk —intervino Lena — . Bert lleva más de tres meses sin salir de aquí, completamente absorbido por su trabajo. Y es preciso darle un descanso o enfermará. ¡Tiene usted que obligarle a salir! Ni siquiera invitándole a cenar conmigo he

conseguido sacarle fuera.

El doctor Gurk repasó el laboratorio circular donde Herbert Breck pasaba sus días.

—Es pequeño, desde luego. El organismo necesita ejercicio—. Miró el toldo que cubría la litera de Herbert, situado entre dos estanterías—. ¿Qué es eso?

—Mi litera, doctor. Suelo dormir ahí cuando estoy fatigado.

—Ni siquiera sabe cuándo está cansado o no. Sé que ha estado sin dormir más de tres días y tres noches. No debemos...

—¡Ya basta, Lena! —exclamó Herbert, cambiando de expresión —, Me dijiste que era necesario descubrir algo. Y eso hago. Estoy cerca. Lo presiento. He logrado encender omiones infinitesimales. Estoy llegando a la misma esencia de la luz.

—Lo siento, ingeniero Breck —habló el doctor Gurk, secamente —. Tiene usted que abandonar esos trabajos inmediatamente.

—¿Eh?

—Vive usted aquí demasiado ensimismado en sus investigaciones y no se ha enterado de lo que está ocurriendo. El mundo entero está sufriendo una terrible epidemia. Ya no es posible enterrar a la gente y es necesario incinerarlos en hornos que se construyen aceleradamente.

—¿Epidemia de qué? ¡No es posible! La ciencia médica ha logrado desterrar...

—Los médicos se suicidan de terror ante esa situación, ingeniero Breck —dijo Gurk, secamente—. Nadie sabe lo que hace. Pero los niños y los ancianos mueren por millones en todo el mundo.

—¡Loado sea Dios! ¡No!

—Incluso aquí, en New York, mueren todos los días más de diez mil personas.

Estupefacto, Herbert Breck miró a Lena.

—No... ¡No puede ser!

—Sí, Breck. Nos han llamado al Comité Mundial de la Salud — intervino Gurk, mesándose la barba — . Quieren que colaboremos con ellos.

—Nosotros somos físicos.

—No importa. La física nos rodea por completo y nadie es capaz de descubrir las causas que motivan esa espantosa epidemia. No podemos hacer como en Sudamérica, que forman enormes

procesiones pidiendo prerrogativas al cielo para protegerse de la maligna enfermedad.

»Lena trae los datos más reverentes conocidos hasta la fecha, que se resumen brevemente así: la epidemia empezó atacando a los organismos más débiles, o sea, niños y ancianos. Por lo visto, se propaga fácilmente a individuos de otras edades, y lo que, al principio, fue mortal para recién nacidos y ancianos octogenarios, ahora lo es para sexagenarios y niños de uno y dos años.

—Pero también se han dado casos numerosos de personas adultas, fuertes y de edades medias —intervino Lena, abriendo la carpeta que llevaba en la mano y sacando varias hojas impresas en ciclostil—. Estos son los datos, Bert. Se exige de todos nosotros, de la humanidad entera, sea cual sea su profesión o empleo, que dediquemos todo nuestro saber para averiguar las causas que han provocado la epidemia. De lo contrario, se teme que toda la humanidad perezca en plazo breve.

—¡El fin de la humanidad! —exclamó aterrado.

—Eso se teme, Breck — musitó el doctor Gurk—. De ahí que se considere primordial este asunto por encima de cualquier otro. Quien encuentre algo capaz de inmunizarnos contra esta peste, plaga o maldición, debe comunicarlo en el acto a la Comisión Mundial de la Salud.

—¿Y qué podemos hacer aquí? —quiso saber Breck, mesándose los cabellos.

—Estudiar esos datos, pensar y… ¡encomendar nuestras almas a Dios! El nos dio la vida y él nos la quita. Sus motivos tendrá.

—¡Parece increíble! ¿Y en los planetas?

—Aún no tenemos noticias de que haya ocurrido nada. Puede tratarse de algo que se haya mezclado con nuestra atmósfera.

—¿Se ha colocado a gente en pulmones artificiales?

—Sí. Mueren igual. Ya debían estar contaminados. Hay algo, en el aire, en el agua, en los alimentos… Algo que afecta al mundo entero, sin exclusión, que produce esa epidemia. Y es preciso encontrar la causa.

—Comprendo —asintió Herbert, débilmente—. Dejaré todo y me dedicaré exclusivamente a esto. Puedo analizar tejidos de esos enfermos. Dispongo de un potente microscopio atómico.

CAPITULO 2

RANDY Thorpe sintió los primeros síntomas de la enfermedad que tantas víctimas estaba ocasionando en el mundo y abrió el armario, donde guardaba un arma de pulsación vibratoria.

Con el rifle en sus manos trémulas, fue hacia la terraza. Vivía en el piso de un elevado rascacielos metálico. Estaba solo. Su madre había muerto semanas atrás. La tuvieron en casa cinco días, sin que nadie viniera a recogerla, pese a sus suplicantes llamadas al departamento de defunciones del City Hall.

— ¡No! —rugió, presionando el pulsador que abría la puerta de la terraza — , ¡No quiero morir solo!

Salió al exterior y se apoyó en la barandilla, mirando la riada de coches que desfilaba en aquella hora por la céntrica calle en que vivía.

Entornó los ojos, como si temiera que las náuseas fueran a repetirse. Luego, retiró el seguro del arma y los vibradores empezaron a zumbar en el interior de la máquina de muerte que empuñaba.

A ciegas, furiosamente, Randy empezó a disparar.

Veinte pisos más abajo, en la calle, la muerte empezó a brincar de un lugar a otro. Estallaron media docena de motores, se produjeron varios incendios, seguidos de fuertes explosiones. La gente gritó, se arremolinó, intentó huir, se atropelló, y muchos vehículos aerodinámicos se subieron a las aceras, estrellándose contra las fachadas.

En un instante, la demencial acción de Randy Thorpe provocó el caos en la calle 23. Pero su rifle no dejó de disparar hasta que ya los zumbadores vibratorios no funcionaron. Para entonces, el asfalto metálico de la calle era ya un hervidero de sangre y fuego, muerte y tragedia indescriptible.

Hecho esto, Randy se subió a la barandilla, arrojó primero el

arma inservible y luego emitió un rugido infrahumano, para lanzarse al vacio acto seguido.

Randy Thorpe no murió solo. Con él fueron al otro mundo más de sesenta personas y doble número de ellas quedaron heridas.

Pero esto no fue solo un caso aislado.

En Kurdistan (Turquía), por ejemplo, un coronel sexagenario, jefe de un arsenal de material atómico, conservado allí desde hacía más de setenta años, en silos especiales, protegidos los detonadores con cajas aisladas de seguridad, al sentir los síntomas, que le habían obsesionado desde que tuvo conocimiento de la fatídica epidemia, enloqueció también y provocó un cataclismo que asoló más de doscientos kilómetros de territorio turco.

Y un capitán de buque, enajenado también, hundió su nave con todos sus tripulantes, creyendo hacer un bien a sus subordinados. Hubo muy pocos supervivientes. El marino hizo reventar la pila atómica que accionaba el buque, provocando un pequeño cataclismo en medio del Atlántico.

Hubo millares de suicidios. Familias enteras se quitaban la vida para morir juntos, padres e hijos, conscientes de que pronto morirían todos. ¿A qué esperar aquella horrible enfermedad que la ciencia se veía imposibilitada de descubrir?

¿Cómo era posible sepultar a las veintidós mil trescientas sesenta y ocho personas que murieron en Londres en un día? ¿Y a los sesenta mil que fallecieron en Tokio pocos días después, cuando el día anterior habían muerto ya cuarenta y cinco mil?

En tres meses no quedaba en toda la superficie de la Tierra ni un sólo anciano de más de sesenta años, si es que a esa edad se podía llamar anciano a un hombre en pleno siglo XXI.

Pero tampoco quedaba un niño, varón o hombre, menor de cuatro años.

Un mes después, la muerte empezó a llevarse a los humanos sin distinguir edades.

¡La fatídica epidemia duraba seis meses y la población mundial había quedado reducida a poco más de la mitad !

Pero de Marte, Venus y la Luna llegaron también noticias de la tragedia. Allí, en las colonias ambientales, en condiciones de vida casi artificial, también empezó a morir la gente de la misma causa que en la Tierra.

Y los otros, desesperados, empezaron a matarse unos a otros.

* * *

Lena se desprendió de los brazos de Herbert Breck y se incorporó, saltando de la litera. Se cubrió rápidamente con la fina camisa y se vistió el buzo blanco.

El la miraba intensamente.

—¡Somos abominables, Bert! —exclamó ella, con voz de profundo desprecio—, ¡Jamás creí que pudiéramos caer tan bajos!

—¡Te quiero, Lena! —pronunció él, con voz ronca.

—¡Somos como animales que viven del instinto!

—¡Vamos a morir, Lena!

—¡Los seres racionales han de saber morir con dignidad; no así, Bert!

Diciendo esto, ella descorrió la cortina del reducido refugio de Herbert y salió al laboratorio circular que era la cámara ¡n—sonorizada en donde el ingeniero Breck había trabajado día y noche, intentando descubrir los misterios que daban origen a la luz, allá en los remotos mundos del microcosmos, más allá de los átomos que hasta hacía poco el hombre había creído el origen de todo.

Herbert Breck, con veintiocho años, había estudiado física desde los diez. Era su especialidad. Físico nuclear. Una lumbrera, un genio..., si hubiese nacido cien años antes. Ahora no era más que uno de los millones de ingenieros que existían en el mundo, dedicados todos a la investigación especifica, sin que obtuviese jamás resultado nuevo alguno.

Sin embargo, sus estudios y ensayos habían quedado arrinconados. Ahora, en la cámara insonorizada y aislada del mundo, adonde no llegaban ni las más débiles vibraciones del suelo exterior, sólo se veían muestras malolientes de tejidos y vísceras humanas, encerradas en cajitas de cristal, con las que Herbert Breck y Lena Defing habían estado estudiando y analizando.

El microscopio especial de Herbert, de novísima construcción y basado en los principios electrónicos del átomo, había aumentado millones de veces en su nítida placa visora, buscando entre las células de las muestras enviadas por hospitales y laboratorios algo

que diferenciase un tejido enfermo, afectado por la misteriosa epidemia, de otros tejidos sanos.

Se comparó, por ejemplo, fragmentos de riñón de cadáver fallecido a causa de la epidemia, con otros fragmentos donados voluntariamente por individuos sanos.

Herbert Breck trabajó en esto durante dos semanas. Por su microscopio pasaron centenares de muestras. Y jamás encontró nada.

Un arduo e ímprobo trabajo, en colaboración con Lena Defring, con la que llegó a intimar hasta el extremo de tomarla en brazos, en un momento de tensión insoportable.

Herbert no tardó en salir de la pequeña tienda que le servía de dormitorio en el interior de su refugio. Vio a Lena llorando y reclinada sobre una lámpara de radiaciones de cadmio.

Se acercó a ella y la agarró de los hombros.

—No he querido herirte, Lena. Lo siento —musitó él al oído de ella, en voz baja—. Pero, respóndeme, ¿qué hacemos aquí? ¿No esperamos la muerte?

—¡Yo espero la vida, Bert!

—No creí causarte una impresión tan honda...

—¡Desde aquí no ves el mundo, Bert! —replicó ella, atajándole y volviéndose, para mirarle profundamente a los ojos — . Sal al exterior y mira en derredor. Verás el tremendo cambio sufrido por una humanidad que se extingue. ¿Qué está ocurriendo? Nadie lo sabe y es preciso averiguarlo. Hay que luchar contra el tiempo que nos aniquila. Hay que dedicar todo nuestro esfuerzo y energía a esa investigación.

—Nosotros no somos los más capacitados, Lena. Compréndelo. He analizado cientos de muestras. ¿Y qué busco? Ni siquiera lo sé. Eso deberían hacerlo otros, cuyos estudios estén mejor relacionados con las enfermedades.

—¿Acaso los médicos saben lo que buscan? Se trata de una enfermedad nueva, cuyos síntomas se parecen a los de una intoxicación. Pero los especialistas no encuentran nada.

—¡Ni nosotros tampoco lo encontraremos, Lena!

—¿Por qué no? Indiscutiblemente, no lo hallaremos jamás, dedicados al bestial goce de nuestros sentidos. Eso es vil, Bert.

El la soltó. Tenía la cabeza caída, con la barbilla apoyada en el

pecho, entornados los ojos, avergonzado.

—Tienes razón, Lena. Perdóname. Me he comportado como un salvaje. Quisiera que entre nosotros no hubiese ocurrido nada.

Ella sonrió y le alzó la cabeza.

—Olvídalo, Bert. Yo también te quiero. La culpa no ha sido sólo tuya. El muro que se alzaba entre nosotros se ha desmoronado y ahora nos podemos mirar más noblemente a los ojos.

Herbert sonrió tristemente.

—¿Vamos a casarnos, Lena?

—¡No, por Dios! —exclamó, como horrorizada — . Ahora no tenemos tiempo. Hemos de trabajar.

—Sí. Continuemos. Alguna de esas miles de muestras puede contener la clave.

De nuevo se pusieron ambos con ahínco al trabajo. Lena pasaba a Herbert las cajitas de cristal, donde iban anotadas las siglas de identificación de los tejidos humanos que debían analizar. Ella, mientras él colocaba las muestras ante el objetivo, repasaba las fichas.

Así transcurrieron nueve horas, trabajando ininterrumpidamente, hasta que un compañero del instituto apareció en la entrada de la nave metálica y subió la escalerilla de la cámara, para penetrar en la cámara intermedia.

Lena presionó el botón para hacerle pasar.

—¿Qué hay, Sid?

—«Doc» me envía por informes. Traigo cien muestras más —diciendo esto, el visitante dejó una caja amarilla sobre la mesa de Herbert.

—¡Ya basta, Sid! Dile a «Doc» que estamos perdiendo el tiempo —exclamó Herbert, pasándose la mano por la frente—. He analizado más de mil muestras. Y ni siquiera una presenta una variedad. Lo que buscamos no está aquí.

El llamado Sid se encogió de hombros.

—Yo no mando, Bert. Me mandan.

—¡Diles que me traigan un enfermo con los primeros síntomas! — replicó Herbert, por decir algo — . Analizaré sus vómitos. Eso podría ser más efectivo.

—Eso lo hacen en todos los hospitales del mundo —intervino Lena — . ¿Quieres ver la muerte de cerca?

—No me pondré a temblar. Vamos. Salgamos de aquí. Llevo no sé cuánto tiempo encerrado en esta cámara. Veré el mundo extinguirse. Beberé algo, hasta aturdirme, respiraré ese aire enrarecido y maligno que mata al mundo y quizá se me ocurra algo para sanar a la humanidad o acabar cuanto antes con ella.

* * *

Fue una experiencia demasiado angustiosa para el hombre que había permanecido casi cinco meses encerrado voluntariamente en una cámara científica.

Lena le acompañó hacia el centro de New York, a través de las calles desiertas y sin luz, donde apenas si se veían luces portátiles de gentes huidizas cuyas intenciones no era fácil adivinar.

Se oían disparos de viejas armas de fuego, aullidos de dolor y muerte surgiendo a través de alguna cerrada ventana. Nada de vehículos. Ni siquiera la policía patrullaba las calles. Los escasos agentes que acudían a prestar servicio estaban encerrados en sus estaciones y ni siquiera acudían cuando alguien llamaba pidiendo ayuda.

—¡Es espantoso! —murmuró Herbert—, Parece una ciudad muerta.

—El único canal de la WBC que transmite noticias, informa de un mar de cuerpos flotando sobre el río — musitó Lena, que no se atrevía a levantar la voz, caminando muy cerca de Herbert—. ¿Y no percibes ese fétido olor? Viene de los hornos crematorios. Aquí, en New York, no se ha recurrido aún a las piras funerarias. Creo que en África y Asia, además de la epidemia fatal, se están declarando otras, a consecuencias de los cuerpos insepultos.

—¡Es inaudito! ¿Y las autoridades?

—Dominadas por el terror… ¡Terror por todas partes! ¡Se mata por miedo, se roba, se asalta! ¡Los instintos primitivos del hombre están brotando ahora en las postrimerías de la existencia! ¡Madres que arrojan a sus hijos desde las azoteas, estrellándolos contra las aceras! ¡Hombres que acaban con sus familias abriendo las espitas del gas y cerrando puertas y ventanas!

Al doblar una esquina, Herbert se detuvo, escuchando pasos precipitados que se aproximaban a la carrera. Vio surgir una silueta

de las sombras, la cual se detuvo, al descubrirles a ellos, emitiendo un giro de angustia.

—¿Qué ocurre? — preguntó Herbert, encendiendo su lámpara de bolsillo.

Descubrió un rostro de mujer, desfigurado por el terror, de ojos inmensamente abiertos y enloquecidos y boca babeante, trémula y desencajada.

Alguien más surgió detrás de la mujer, que era joven y bien parecida, pese a su angustiado aspecto. Este era un sujeto, cubierto con un buzo oscuro y casco de acero plastificado, que enarbolaba un hacha doméstica.

Herbert comprendió que se trataba de un loco homicida, cuyas Intenciones no tenían lugar a dudas. Por esto, sin pensarlo dos veces, empujó a la joven, que fue sujetada por Lena, mientras él fintaba para sujetar el brazo armado del homicida.

No era un hombre fuerte. El hacha pasó rozando el cuerpo de Herbert para escapársele de la mano y caer al suelo.

Un golpe al plexo solar y una «coz» al mentón, en contorsión vertiginosa, pusieron al homicida en el suelo. Herbert se le montó a horcajadas y le sujetó los brazos con las rodillas.

—¿Por qué perseguía usted a ese muchacha?

—¡Suélteme! ¡Máteme! ¡Ya no hay compasión! ¡Matar! ¡No vivir! ¡Sólo quería hacerle un favor! Es mi hija Caryle…

Estas palabras, como escupidas, causaron un tremendo efecto en Herbert, quien se incorporó, dejando al hombre tendido en el suelo. Le alumbró con la linterna al rostro, cegándole, y preguntó a la joven que se refugiaba en brazos de Lena.

—¿Le conoce usted?

—Sí… Es mi padre.

—¿Por qué la ha querido matar?

—Hoy he sentido náuseas y se ha transformado… Mamá ha muerto…

—Llevémonosla de aquí. Lena… ¡Y que Dios se apiade del alma de él!

* * *

Caryle Well era una simple empleada de oficina. Tenía un

hermano mayor que ella, que trabajaba en una gran factoría de piezas de automóviles, en Chicago. Su padre era contable de una entidad bancaria y su madre atendía la casita que tenían en el barrio viejo de Queens.

Sin saber cómo se vieron envueltos todos en la terrible maldición de la epidemia. No directamente pero sí viendo a su alrededor la espantosa tragedia de la muerte.

Hasta entonces habían sido una gran familia normal, habitantes de una populosa ciudad, con ciertos ahorros, su vehículo utilitario, para excursiones de cercanías los fines de semana, etcétera. El señor y la señora Well eran queridos y respetados por sus vecinos.

¡Ahora todos se odiaban!

—Yo escuchaba al padre Steban de Heart —sollozó Caryle, apoyada su cabeza en el pecho de Lena—. Intenté seguir sus consejos. Debíamos tener resignación y esperanza. Si Dios nos envía este castigo, sus motivos tendrá. No debemos dejarnos llevar por los instintos. La muerte, según él, es tan natural como la vida. Desde que nacemos sabemos que algún día hemos de morir. Mi padre, sin embargo, no quiso seguir ese ejemplo. Estaba demudado. Apenas si hablaba, y menos comía. La tensión se rompió esta noche. Salió y no sé de dónde consiguió el hacha con la que golpeó a mamá. Cuando quiso golpearme a mí también, huí...

—¡Pobrecita! —musitó Lena, acongojada — . ¿Qué edad tienes?

—Diecinueve años.

El ruido de un coche las sobresaltó.

La voz de Herbert las tranquilizó.

—Venid. Ya tengo un coche. He recogido a su padre, señorita Well. Quiero llevarle al instituto para reconocerle. No tema. Lo llevo sólidamente amarrado.

CAPITULO 3

EL Instituto Gurk estaba situado a las afueras de New York — y hasta allí no parecía haberse extendido la locura colectiva que asolaba la antigua ciudad de los rascacielos y el mundo entero. Aquello era un Centro de Investigación Física y sus miembros permanecían aún absortos en el trabajo que se les había encomendado.

Se trataba de una instalación antigua de hierro y piedra, rodeada de un alto muro, jardines e instalaciones, unas modernas y otras antiguas, en confusa mezcla.

La entrada estaba guardada por hombres jóvenes, que no aojaban entrar ni salir a nadie, sin el consentimiento expreso del jefe de relaciones exteriores, secretario adjunto del doctor Gurk.

Herbert y sus acompañantes fueron autorizados a entrar. El ingeniero Breck tenía su cabina en el interior de un hangar, situado detrás de los edificios principales, y se llegaba a él por un camino de asfalto metálico o bien por un subterráneo con pista rodante.

Allí, dentro de su cabina de cristal circular, Herbert Breck había intentado descubrir la síntesis de la luz, en su esencia más primaria. Allí, ahora, quería introducir a un hombre aquejado de náuseas y vómitos, que, en un ataque de enajenación, mató a su esposa y quiso acabar también con la vida de su propia hija.

Antes de ello, empero, Herbert fue a ver al doctor Gurk, a quien encontró en su despacho laboratorio, ojeroso y demudado de cansancio.

—¿Qué hay, ingeniero Breck? ¿Qué le trae por aquí? Algo importante ha debido ocurrir para sacarle de su cabina.

—He ido a la ciudad con Lena, doctor Gurk.

—¿A la ciudad? ¿A qué?

—Quería conocer la situación. He quedado aterrorizado de lo que he visto.

—¿Acaso no creyó mis palabras?

—Sí. Créame, doctor Gurk. Estaba angustiado. Perdemos lamentablemente el tiempo examinando esas muestras de tejidos de seres humanos que han muerto ya o van a morir muy pronto. Tuve la corazonada de estudiar a un ser humano vivo y aquejado por la enfermedad. He ido a buscarle y le he traído.

—¿Ha traído aquí a un hombre enfermo? —se asombró Gurk—, Tenemos razones para creer que esa enfermedad puede ser contagiosa.

—Sin duda, doctor. Tan contagiosa que a diario mueren treinta o cuarenta mil personas en una ciudad como New York. Pero los tejidos celulares que nos traen para analizar pueden ser contagiosos también.

—Por eso se los mandamos a usted, Breck. Su cabina está aislada del resto del instituto. Aquí nos dedicamos a otras investigaciones. Las cajitas llegan hasta usted cerradas y así salen de allí.

—Eso no evita nada, doctor Gurk. Pero me afirma en mi creencia. Examinaré a ese hombre en el interior de mi cabina. Necesitaría la ayuda de un buen cirujano. ¿Puede enviarme al doctor Berti?

—¿Qué se propone, Breck?

—No lo sé, créame. Estudiaré a ese hombre hasta sus más recónditas vísceras. Si es necesario, le viviseccionaré. Pero el secreto de su enfermedad se nos ha de revelar bajo el objetivo del microscopio atómico.

El doctor Gurk pareció dudar. Al fin, sacudió la cabeza y dijo:

—Haga lo que quiera, Breck. Por absurda que me parezca una idea, debo aceptarla. No tenemos otra alternativa. Las noticias que vamos recibiendo del exterior no pueden ser más desalentadoras. Si no descubrimos algo, en alguna parte, nuestro mundo quedará despoblado en pocos meses... ¡Hoy hemos tenido aquí el primer caso epidemial!

—¿Aquí? ¿Quién ha sido?

—El profesor Averthy. Está en la enfermería con síntomas inequívocos. Y sólo tiene cincuenta y dos años. Los síntomas nos desconciertan. Analizamos y estudiamos. Y todo está perfecto. La enfermedad existe y vemos sus ruinosos efectos, pero no descubrimos sus causas.

—Yo tampoco confío mucho, doctor Gurk — admitió Breck —. Pero lucharé hasta el fin. Y cuando me llegue la hora, moriré resignado, pensando que he puesto todo cuanto sé al servicio de la humanidad.

* * *

Tendieron a Winny Well en la litera de Breck. Su hija Caryle estaba presente y les ayudó a introducir al autor de sus días a través de la cámara intermedia, cuyo espacio era demasiado reducido para cuatro personas.

Luego llegó el doctor Jorge Berti, un hombre de unos treinta y dos años, quien sonrió al ver allí a Lena, a la cual besó la mano.

—Me he alegrado de venir aquí al saber que te encontraría con el anacoreta de Breck. ¿Qué os proponéis aquí? —Berti, moreno y apuesto, miró también con interés a la sobrecogida Caryle, la cual se encontraba allí como un pez fuera del agua, rodeada de objetos extraños y complicados.

—Escucha, Jorge. Reconoce a ese hombre —dijo Breck, señalando al padre de Caryle — , Ábrele en canal, si es necesario. Pero hemos de encontrar la causa de la enfermedad que está diezmando a la raza humana.

Jorge Berti dejó escapar un silbido.

—¿No es mucha presunción, ingeniero Breck? —preguntó.

—Debemos intentarlo, al menos. Es el padre de esta chica. Se llama Winny Well y es contable de un banco. Un buen hombre, hasta que la enfermedad le alcanzó. Entonces, con un hacha, mató a su esposa y quiso hacer lo mismo con su hija, aquí presente.

El semblante de Jorge Berti se demudó de asombro. Miró de nuevo a la trémula Caryle y luego fue hacia la litera, inclinándose sobre el enfermo, que le miraba con ojos racionales.

—¿Cómo se siente? — preguntó.

Winny Well tardó unos segundos en responder. Tenía los ojos húmedos.

—¿Es cierto que he matado a Nina con un hacha?

—Si, papá —musitó Caryle, situándose junto a la cortina y mirándole apenada.

—Lo siento profundamente... ¡Oh, qué horrible! ¡Debí de perder

el juicio!

—Olvide eso ahora, Well —dijo Herbert—, El doctor Berti quiere saber cómo se siente.

—No lo sé… El estómago ya no se agita como antes… ¿Qué me han dado?

—Le di unos golpes. Si fuera ésa la solución, saldría a la calle a pegar a todos los que me encontrase a mi paso, incluso a los niños —dijo Herbert.

—Es raro —dijo entonces Jorge Berti, que había estado examinando el pulso del enfermo—. Los vómitos y las náuseas no se interrumpen. Van en aumento.

—Los sentí esta tarde, doctor —dijo el enfermo—. Todo mi cuerpo se estremeció. Primero me invadió un malestar extraño, luego se alteró mi estómago. Entonces debió de asaltarme la locura. Sé que pensé en la muerte y me compadecí de mi familia.

—Voy a introducirle una cánula en la boca, señor Well — dijo el doctor Berti — . Necesito muestras de su saliva. Luego, exploraremos su estómago. ¿No le importa?

—No… Hagan conmigo lo que quieran… Si he matado a Nina, quiero morir también… ¡Perdóname, Caryle, no sabía lo que hacía!

La joven lloraba. Lena la llevó hacia una silla metálica, junto a la mesa de trabajo, donde la obligó a sentarse y tomar un calmante, porque su estado de nervios era lastimoso.

Lena Defring ayudó en todos aquellos ensayos que duraron más de cinco horas. Se analizó hasta el interior del estómago del enfermo, la orina, la sangre, las segregaciones humorales y hasta se le efectuó un pequeño corte de tejido, igual que a Herbert, para ser analizados en «vivo».

—¡Nada, nada, nada! —masculló Herbert, al retirar el último portaobjetos del microscopio—. Según esto, estamos los dos igual de sanos.

—Hay ciertas diferencias de presión sanguínea —objetó Berti, consultando los datos que había anotado Lena — . También hay notable diferencia de hematíes, pero eso es normal. No sois exactamente iguales. No hemos llegado a ninguna conclusión.

—¡Yo si he deducido algo! —exclamó Lena — . Mientras le hemos examinado, en este hombre no se han reproducido los vómitos y las náuseas. Y su estado parece mejor que cuando le

trajimos aquí.

—¿De veras sintió usted esos trastornos, señor Well? —insistió Berti.

—Le juro que sí, doctor — replicó Winny Well, apenado.

—¿No podían ser aprensiones suyas, a consecuencias de lo cual se le perturbó el cerebro?

—No... No... Sentí el malestar... Se lo juro. Creía que iba a desmayarme. Luego se me pasó todo.

—¿Luego, cuándo?

—Después de que el señor Breck me atacó y me derribó.

—Los datos que tenemos son que el malestar sigue a las náuseas en todos los casos. Esto viene a durar, por término medio, unas seis horas. Luego, se acentúa el malestar, produciéndose los vómitos, que contraen todo el organismo, dejándole a uno como aniquilado.

—¡Yo sentí esos vómitos! —gritó Winny Well — . No me engañé. Comprendí que me había llegado el momento. Vi llevarse en un camión a muchos amigos míos... Debí sufrir entonces un ataque de enajenación mental y matar a mi esposa con el hacha y luego perseguí a mi hija para matarla también.

El relato estremeció a Herbert, prese a haberlo oído ya con anterioridad, igual que Lena. Y, sin embargo, el aspecto atemorizado de Winny Well no era, precisamente, el de un parricida.

—Será mejor que le soltemos —propuso Herbert — . Creo que es inofensivo.

En realidad, Herbert quería probar al hombre, esperando que, al verse libre, se produjera en él el ataque de enajenación mental, única causa que debió motivar sus actos de salvajismo.

—¿Desatarle? —se sorprendió Lena.

—Sí. Deseo ver su reacción.

La reacción del hombre, al verse libre, fue ponerse en pie y avanzar hacia donde estaba su hija, a la que miró con un patetismo impresionante, para luego dejarse caer a los pies de ella y abrazarlos, musitando:

—Perdóname, Caryle... ¡Perdóname! ¡No sabía lo que estaba haciendo! ¡Por Dios, perdóname!

Caryle Well no pudo evadirse a las súplicas de su padre, que siempre había sido bueno para ella, y la escena terminó en un

aluvión de lágrimas por parte de ambos.

* * *

—¿Y bien, Jorge? —preguntó Herbert, inquisitivo, tomando la caliente taza de café—. Explícame esto.

—No tiene explicación. No estaba enfermo, sencillamente.

Sentado al borde de la litera, junto a su hija. Winny Well intervino;

—Le juro a usted por la memoria de mi esposa que tuve espasmos vomitivos.

—De haber estado usted en este trance auténtico, ahora se encontraría en el umbral de la muerte, comatoso y sudoroso, sin memoria ni conocimiento... Y no creo que los golpes del ingeniero Breck le devolvieron la vida. Lo suyo fue algo pasajero.

—Desgraciada casualidad que, entre cincuenta mil personas que mueren a diario a consecuencias de esa epidemia, hayamos ido a encontrar a uno que aún no estaba contagiado — declaró Herbert, Burlón.

—Puede darse esa casualidad, Breck —dijo Berti, resentido—, ¿Es que no ves que ese hombre está igual que tú y que yo?

—Sí, pero... Pienso si algo de lo que hemos hecho haya podido curarle.

—¡Los alambres! —exclamó Lena, poniéndose en pie de un salto —. ¡Tal vez al cortarle la circulación de la sangre...!

—¡No disparates, Lena!

—¿Por qué ha de ser un disparate? Estoy intentando repasar todo lo que Bert hizo con él.

—A ti tampoco te satisface mi teoría, ¿eh, Lena? Pero yo no quiero dejar nada al azar. Iré a ver al doctor Averthy y le ataré manos y pies con alambres. Así quedarás tranquila.

Sonriendo un tanto tristemente, Jorge Berti abandonó la cabina y descendió la escalera metálica, en cuanto salió de la cámara intermedia. Al llegar abajo, saludó con la mano y salió del hangar.

Tardó dos horas en regresar. Sus primeras palabras fueron:

—El doctor Averthy ha muerto con los alambres puestos, Lena. Y el ingeniero electrónico Harris, que ha caído enfermo también, está amarrado y no por eso da muestras de recuperación. ¿Satisfecha?

Lena Defring no respondió.

Sin embargo, en aquel mismo instante, con una expresión más de iluminado que de otra cosa, Herbert Breck se dirigió a la puerta transparente de la cabina y la golpeó:

—Aquí estamos enteramente aislados del mundo, Berti... Esta puede ser la razón!

—¿Qué razón?

—¡La de que ese hombre haya sanado!

El médico miró a Herbert como si hubiese escuchado la mayor estupidez de su vida.

¿Qué diferencia puede exista entre estar aquí o fuera de aquí, si esa epidemia se transmite de individuo a individuo?

—No, perdona, Jorge. Eso no es cierto. Tengo aquí el archivo de miles de casos. Niños aislados enteramente de sus familiares, adquirieron la enfermedad. Eso no fue contagio.

«Vamos a suponer que algo», flotando en la atmósfera, contamina a esas gentes o nos ha contaminado a todos ya, pero sólo ataca a los más débiles. El aumento de «contagio» hace que vaya muriendo más gente cada día y de estado físico más sano.

»En cambio, aquí estamos aislados de todo, incluso del aire, de las vibraciones, de la luz solar, del magnetismo, de las ondas de todo tipo que surcan el cosmos. ¿No puede ser la causa de que el señor Well, protegido por el completo aislamiento de esta cabina, se haya recuperado al dejar de estar sometido a la influencia exterior que a otros se ha llevado al otro mundo?

Atónito, Jorge Berti no dejaba de mirar a Herbert. En realidad, todas las miradas de los presentes estaban reunidas sobre el joven ingeniero físico.

¡El aislamiento! exclamó Lena.

No os hagáis ilusiones, amigos míos. Daría algo vital para que eso fuese cierto dijo Berti . Pero lo dudo. Mi razón médica es lo que os he expuesto.

¡Hay un modo de averiguar si tengo razón o no! — insistió, Herbert, yendo hacia su mesa, para presionar el pulsador que abría la cámara intermedia.

—¡Claro que lo hay! ¡Traemos a Harris aquí y seremos testigos de su muerte! Y para que no exista duda, le tendremos amarrado como al señor Well.

—«O.K.», Jorge. Ve a traer a Harris. Y si hay alguien más con síntomas, tráele también. Aquí cabemos diez o doce personas.

—Lo iré a traer. Pero encuentro que si la humanidad ha de salvarse en cabinas como ésta, cuando estén construidas las suficientes para albergar a todos los que quedamos en el mundo... ¡creo que seremos muchos menos! Y por otra parte, dudo que una epidemia como la que asola el mundo sea contenida con refugios aislados como éste.

—Es una posibilidad que debemos comprobar, Jorge.

—Sí, desde luego. Una posibilidad —replicó el médico, entrando ya en la cámara intermedia — . Esperemos que sea la correcta.

Volvió a salir Jorge Berti, después de haber esperado el cierre hermético de la cabina, para descender la escalera metálica y desaparecer fuera del hangar.

CAPITULO 4

JORGE Berti, acompañado por el propio doctor Gurk, llegaron a la cabina de Breck, sosteniendo al ingeniero Phil Harris, que era un hombre de cuarenta y tantos años, alto, fornido y bien parecido. En aquel momento, empero, su rostro expresaba el dolor y la angustia.

En cuanto cruzaron la cámara intermedia, Breck saludó a Harris y le rogó:

Siéntese en mi litera.

Será mejor que se eche —objetó Berti—. Está muy decaído.

¿Qué es lo que hacéis aquí? —quiso saber el doctor Gurk, mirando a Breck, y especialmente a Winny Well y a su hija.

Ese hombre nos ha dado una esperanza, doctor Gurk replicó Breck señalando a Winny—. Le encontramos en la calle, aquejado de la enfermedad. Había perdido el juicio a causa de ello y mató a su esposa, pretendiendo hacer lo mismo con su hija. Yo defendí a Caryle Well y mi primera intención fue dejar abandonado al hombre. Se me ocurrió entonces que podía someterle a un profundo análisis, en vida, antes de que muriera. Por eso le traje aquí. Y cuál no ha sido mi sorpresa al observar que, después de los reconocimientos efectuados, se ha recobrado totalmente y no siente ninguno de los síntomas que padecía.

¿Cómo se siente?

Mal, amigo Breck —contestó Harris — , Deseo concluir cuanto antes... Tengo la sensación de haber envejecido treinta años en pocas horas.

Herbert tomó el pulso al ingeniero y le tocó la frente. Estaba ardiendo de fiebre. Eran síntomas inequívocos de que la maligna enfermedad le tenía bien minado.

—¡Yo también sentía eso! —exclamó Winny Well — , Pero ahora se me ha pasado y me encuentro perfectamente. No sé si será el aire acondicionado de esta cabina o su aislamiento, como dice el señor

Breck; no obstante, me encuentro muy bien.

—¿Estaba usted realmente enfermo, señor? —inquirió el doctor Gurk.

—¡Lo estaba, se lo aseguro!

—Es muy extraño —replicó Gurk, acariciándose la barba y mirando a las personas que le rodeaban — . No oculto mi impaciencia por saber si Phil Harris mejora de su estado. ¿Cuándo empezó a sentir indicios de recuperación?

—Mientras yacía ahí, en esa litera, y el doctor Berti me reconocía.

—¿Tuvo vómitos?

—Sí, varios. Luego debí de perder la razón.

—¿Transitoriamente?

—Eso parece. Dicen que he matado a mi esposa y lo lamento profundamente. Compareceré ante las autoridades.

—No creo que nadie le pida cuentas de eso ahora, señor Winny —intervino Herbert, secamente — . El mundo entero está desquiciado. Y si, como sospecho, nos ha servido usted para encontrar el modo de atajar la epidemia, no dudo que le hagan un monumento.

—No, no —gimió Winny Well—, Prefiero irme a casa... Nina debe de estar allí... Es mi deber darle sepultura.

—No le recomiendo que salga, señor Well —replicó Herbert—. Es usted nuestro enviado especial. En todo caso, enviaremos a alguien para que se haga cargo de su esposa. ¿Quieres ir a tu casa, Caryle?

La joven no replicó.

Lena se acercó a la joven y la abrazó de los hombros, cariñosamente, diciendo:

—Yo te acompañaré en mi coche. Puede venir alguien del instituto para ayudarnos. Luego regresaremos.

—Está bien. Les enseñaré dónde vivíamos —asintió Caryle.

El doctor Gurk se dispuso a salir con ambas jóvenes.

Cuando se descorrió la puerta transparente de la cámara intermedia y se disponían a entrar en ella, Winny Well se acercó también, diciendo:

—Por favor, déjenme ir. Me siento perfectamente. Deseo despedirme de Nina. Ha sido mi compañera durante muchos años...

¡Se lo suplico, señor Breck!

Herbert vaciló y miró a la silenciosa Lena, la cual asintió con la cabeza.

—Está bien —concedió Herbert—, vaya usted. Pero, si vuelve a sentir los vómitos, regrese inmediatamente.

—Gracias, señor Breck.

Winny Well penetró en la cámara intermedia, junto con los otros. Dentro de la cabina insonorizada sólo habían quedado Jorge Berti, Herbert y el ingeniero Harris, que ahora estaba tendido sobre la litera, con los ojos entornados, respirando fatigosamente.

—¿No siente ningún alivio, señor Harris? —preguntó Herbert.

—No sé... Yo diría que sí... Desde que he entrado aquí, las náuseas no se han repetido.

—¡Por favor, señor Harris! —exclamó Berti—, No se sugestione.

—¡Sugestión o no, si su estado mejora, habrás de admitir que algo ocurre, Jorge! —barbotó Herbert, casi furioso.

El médico se mordió los labios y se inclinó sobre el paciente.

—No dudo que estaba usted atacado por la enfermedad, señor Harris. Si le he traído aquí ha sido para complacer a Breck. Pero yo no puedo creer en milagros de este tipo.

—Esperaremos — musitó el enfermo, que ahora miraba fija— —ente a Berti — , No quiero concebir esperanzas prematuras. Sólo llevo aquí unos minutos.

Herbert fue a sentarse detrás de su mesa de trabajo, sin apartar la mirada del enfermo. Por su parte, Jorge Berti recogió algunos de los instrumentos que había empleado en el examen de Winny Well y los guardó en su maletín, pensativamente.

—Aunque sea prematuro, vamos a suponer que algo en esta cabina —habló, de pronto Berti — mitiga los dolores. ¿Qué es?

—No lo sé. Quizás el sistema de aire acondicionado, que es único en su género contestó Herbert — . También puede tratarse del sistema de aislamiento la antivibración.

¿Y por qué no alguno de estos aparatos que tienes aquí?

¿Por qué no? Esa válvula radioelectrónica, por ejemplo, me consta que despide cierta clase de partículas fotónicas que aún no he logrado analizar, y que corresponden al orden de los rayos «épsilon», según la teoría de Carver. Yo pretendo llegar al último eslabón de la luz. Es la meta que me he fijado. Sé que no llegaré

jamás, pero de mis trabajos puede extraer alguien consecuencias importantes. En el campo de lo infinitamente pequeño, aún hay mucho que descubrir.

Jorge Berti se había detenido ante un complicado aparato, en cuyo interior centelleaban pequeñas luces de colores.

¿Qué esto?

Un fototermómetro de talio.

¿Para qué sirve esto?

Para medir la temperatura de un corpúsculo luminoso del tamaño de una diezmillonésima de milímetro. Algo invisible.

¿Cómo está Kereff, Breck? —preguntó Harris, levantando la cabeza.

Hace meses que no sé nada de él. Mucho me temo que haya muerto. Tenía ochenta años.

¡Era un gran hombre de ciencia, Breck!

Phil Harris se expresaba con el sentimiento y el tono de quien no sufre ninguna dolencia. Era como si hubiese olvidado que estaba enfermo.

Jorge no dejó de observar esta recuperación.

—¿Ya no le duele nada, ingeniero?

—No.

—Lleva aquí doce minutos.

* * *

Dos hombres acompañaban a Lena Defring en la furgoneta plateada del instituto. Eran auxiliares jóvenes, que vestían buzos blancos. Ante ellos, sobre la camilla, se sentaba Winny Well y su hija. Fue Caryle la que dijo:

Doble usted la próxima esquina, señorita Defring. Vivimos en la casita señalada con el número 83... A la derecha, sí.

Antes de llegar a su destino, sobre la acera, vieron dos cuerpos tendidos. Eran de hombres y parecían muertos.

Lena contemplaba todo aquello a través de los cristales especiales de su parabrisas.

Ante el número 83, presionó el botón de parada. El control automático hizo el resto, deteniendo el vehículo justamente pegado a la acera. Lena abrió entonces la portezuela. Los primeros en saltar

a tierra fueron los dos auxiliares del instituto. Ambos iban armados con proyectores de luz cegadora. Eran armas novísimas, que también servían, a baja potencia, para iluminarse en la noche.

La ciudad parecía muerta, aunque de alguna parte llegaba hasta ellos el ulular de una sirena industrial. También se escuchaban tiros de ametralladoras, distantes, y algún grito desgarrador, surgiendo de los cerrados edificios.

Es mejor que no entres, Caryle —sugirió Lena — . Quédate aquí.

La joven no respondió. Su padre se había puesto en pie y saltó a tierra, yendo lentamente hacia la casa, cuyo jardín no tenia vallado.

La puerta estaba sólo entornada. Dentro reinaba un confuso desorden, como si hubiese entrado alguien en busca de alimentos o dinero. Nada de aquello importó a Winny Well, quien fue hacia la cocina, encendiendo la luz eléctrica.

En el suelo yacía una figura humana, cubierta con una manta.

Winny Well se postró de rodillas y retiró la manta. De repente empezó a dar gritos, dejándose caer sobre el cuerpo.

¡Sepárenle y llévense el cadáver! —exclamó Lena.

Los dos hombres se inclinaron sobre el atribulado Well, sujetándole del brazo y pretendiendo separarle del cuerpo sin vida que yacía en el suelo.

—¡Déjenme! —gritó el infeliz.

De pronto, empero, sacudiéndose a los dos auxiliares, Winny se levantó de un salto, desencajado al rostro y mirando a Lena con una mueca de inexpresable terror.

—¡Ya están aquí...! ¡Las náuseas!

Lena había quedado sobrecogida. Retrocedió unos pasos. El aspecto que ofrecía ahora Winny Well, sujetándose el vientre, como si hubiese experimentado un fuerte dolor interno, era pavoroso.

Un grito angustioso se escapó de su garganta. Y luego, se desplomó de rodillas, para rodar por el suelo y quedar en tierra, estremeciéndose.

—¡Pronto! —gritó Lena — , ¡Hay que regresar al instituto! ¡Levántenle!

Los dos auxiliares obedecieron, lazando a Winny y sacándole rápidamente al exterior, para cruzarse con Caryle, que había descendido de la furgoneta al escuchar los terribles gritos de su padre.

—¿Qué… qué ha sucedido?

—¡Le ha vuelto el dolor! —exclamó Lena — , Y parece que más fuerte que antes. Está sin sentido.

Con destreza y rapidez, los dos auxiliares introdujeron a Winny Well en la furgoneta, tendiéndole sobre la camilla que llevaban preparada, por recomendación del doctor Gurk.

Subieron todos al vehículo y Lena tomó los mandos.

Volaban por las desiertas calles de New York, en donde apenas si se veían sombras huidizas, luces que se apagaban con precipitación y ojos inquietos que miraban en la oscuridad, con terror incontenible.

A los diez minutos, cuando cruzaban el Gran Puente Kennedy, sobre el Hudson, uno de los auxiliares, que estaba examinando al enfermo, se levantó y se inclinó al oído de Lena, diciéndole:

—Ya no hay prisa, señorita Defring… El hombre ha muerto.

Lena se sobresalto. Detuvo la furgoneta y se volvió, arrodillándose junto a Caryle, que lloraba copiosamente.

Efectivamente, Winny Well había dejado de sufrir espasmos y su rostro se había relajado, con la máscara de la muerte. Fue Lena la que le cerró los ojos, musitando:

—Que Dios tenga piedad de su alma… Y también de todos nosotros.

* * *

Lena y Caryle Well regresaron al amanecer al Instituto Gurk, después de haber dado sepultura en las afueras de la ciudad, en un jardín, a los padres de Caryle.

Inmediatamente, se dirigieron a la cabina aislada de Herbert, donde reinaba un confuso alboroto. No sólo Phil Harris se había repuesto totalmente de su enfermedad, sino que una mujer, del servicio de limpieza del instituto, afectada también por la epidemia, había sido conducida allí por el doctor Gurk y ahora se encontraba perfectamente.

El propio doctor Gurk se encontraba allí, redactando un informe para ser enviado a la Comisión Mundial de la Salud, y en el que colaboraban Herbert Breck y Jorge Berti.

La llegada de Lena y Caryle dejó en suspenso la redacción del

informe.

¿Y el señor Well? —preguntó, Herbert cuando las dos mujeres estuvieron dentro de la cabina.

Ha muerto —contestó Lena — , Estoy segura que al salir de aquí se aceleró su recaída. Sufrió un ataque en su propio domicilio. Le cogimos inmediatamente, para traerle aquí, pero murió durante el trayecto. Todo fue muy rápido.

Herbert se frotó el mentón y dijo a Caryle:

—Lo siento, pequeña. Lo siento mucho.

—¡Es mucho el sentimiento que abunda por todo el planeta! —exclamó el doctor Gurk —. No podemos dolernos de todos.

Sufrimos una calamidad universal... ¡Pero aquí hemos descubierto un medio para atajar la epidemia y eso es lo que importa! ¿Cómo se siente, señora Martin?

—Bien... Muy bien —contestó la mujer que estaba sentada en la litera de Herbert.

—Ya ha oído usted. El primer hombre al que atendimos aquí y pareció sanar, acaba de morir por salir al exterior. Espero que no cometa usted el mismo error que él.

—Les estoy muy agradecidos —contestó la mujer de la limpieza —. Sin embargo, sintiéndome bien, creo que debo volver a mi casa.

—¡No se lo permito! —exclamó Herbert, enfrentándose a ella y poniéndose en jarras—. Sabemos que aquí ocurre un fenómeno, aún no descubierto, que nos protege a todos de la epidemia y sus consecuencias. Pero también sabemos que un afectado que salga de aquí después de haberse recuperado, fallecerá en poco tiempo.

—Eso me preocupa —intervino el ingeniero Harris—. ¿Debo permanecer aquí encerrado el resto de mi vida?

Era una pregunta directa, efectiva y de impacto. Ninguno de los allí reunidos podía contestarla. Sin embargo, Herbert Breck se atrevió a decir.

Eso mismo he pensado yo, señor Harris. Sólo sabemos que aquí está usted a salvo, a menos que surja una nueva complicación. Mientras, hemos de averiguar a qué obedece el milagro. Debe de ser algo relacionado con mi trabajo o con el aislamiento absoluto que reina aquí. Pronto lo averiguaremos, porque es preciso construir sin pérdida de tiempo otra cabina como ésta, en donde no existirán los objetos de ensayo que poseemos aquí, y a los que prohíbo

terminantemente tocar.

—Eso es lo que indicamos en este informe —añadió Gurk — . Hay un hecho concreto. La señora Martin y el ingeniero Harris se encuentran bien. Y el doctor Berti sabe que antes de venir aquí estaban atacados por la epidemia.

—En cuanto se divulgue esto van a suceder cosas espantosas —declaró Lena Defring — , La gente se matará por entrar aquí y el espacio de que disponemos no es, precisamente, grande.

—¡Es que aquí sobramos todos los que no hemos sido afectados aún por la epidemia! —exclamó el doctor Gurk — . Aquí sólo deben quedarse los enfermos. Los demás abandonaremos la cabina.

—Mientras el espacio lo permita, yo permaneceré aquí, doctor Gurk —señaló Herbert, secamente — . Necesito saber qué hay aquí que neutraliza la enfermedad.

—Yo también me quedaré —añadió Jorge Berti.

—No, lo siento, Jorge. Ya no necesito tus servicios —replicó Herbert, en el mismo tono seco—. Te agradezco la colaboración prestada. De no haber sido por ti, aunque contra mi instinto, no habríamos logrado nada. Ahora vuelve al exterior. Allí se requieren más tus servicios. Encárgate de mandarme a los casos más desesperados... ¡Y no hay albergue para más de doce o catorce personas!

Jorge Berti se mordió los labios. Se volvió a Lena y la tomó del brazo.

—Vámonos, Lena.

—Sí —asintió ella, altivamente.

Antes de salir, sin embargo, Lena se acercó a Herbert y le besó públicamente, abrazándole y diciéndole:

Suerte, Bert.

—Gracias, Lena. Cuida de que se construyan todas las cabinas que sean posibles y que se divulguen los planos de ésta por todos los medios disponibles. Hay que experimentar, sin duda, pero es la única solución que nos queda.

Lena, Caryle, Gurk y Berti salieron de la cabina insonorizada, en donde sólo quedaron Phil Harris, Herbert y la señora Martin, a la que ofreció Breck una taza de café frío.

—¿Y si vienen los grandes hombres del país a buscar refugio aquí, señor Breck? —preguntó la mujer.

—Sólo yo tengo el dispositivo de entrada, señora Martin. A menos que nos destruyan desde el exterior, cosa que no beneficiaría a nadie, aquí sólo entrarán las doce o catorce primeras personas que me envíen desde el instituto. Ni una más... ¡Ni aunque venga el presidente Bergsten en persona!

—Eso será un problema, Breck —señaló Harris.

—Ante la muerte, nadie tiene derechos. El mundo es un cementerio. Ricos y pobres, listos y tontos, todos son iguales en el más allá. No cambiaré de opinión. Y si he de dejar mi puesto a alguien, será siempre a un niño, aunque luego su vida sea inútil.

—Te entiendo, Breck —declaró Harris—, Es preciso que ocurran estas cosas para que los hombres nos demos cuenta de lo poco que somos.

La señora Martin, con ojos humedecidos, musitó:

—Habla usted igual que mi hijo Dick, señor Breck.

—¿Quién es su hijo Dick, señora Martin?

—Es abogado.

—¿Abogado y permite que haga usted limpiezas?

—Está demasiado ocupado para acordarse de mí. Mi esposo y yo nos sacrificamos para darle la carrera y...

—Pues lamento que su hijo hable como yo, señora Martin —dijo Herbert, tajante — . Si permite que usted trabaje de ese modo, para mí, es un canalla y un sinvergüenza. Lo siento.... No quería molestarla.

CAPITULO 6

HERBERT Breck no esperaba que el informe remitido por el doctor Gurk al Comité Mundial de la Salud, ya casi inexistente, por la ausencia y desaparición de la mayoría de sus miembros, obrase de modo fulminante.

Aquel mismo día, cuando un camarero se disponía a llevarles el almuerzo, algo insólito se produjo en el Instituto Gurk, que se vio, de pronto, envuelto en hombres grises, provistos i de reactores

individuales y armas desintegrantes de gran potencia.

Eran tropas del Ejército de los Estados Unidos. Un batallón de fuerzas aerotransportadas, que en un abrir y cerrar de ojos saltaron de su nave nodriza, para descender hacia el suelo y ocupar totalmente los alrededores del complejo de edificios.

A los pocos minutos hicieron su aparición los carros blindados, aquellos enormes monstruos de acero plateado, provistos de bocas de fuego nuclear, y en donde se encerraban cincuenta hombres que eran capaces de llevar sus máquinas hasta los mismos abismos marinos.

Las órdenes se habían dado previamente. La tropa sólo tuvo que obedecer y esperar, sin dar explicaciones a nadie. Bloqueadas las entradas y salidas, nadie era capaz de atravesar aquel ingente muro de armas.

Nadie podía entrar ni salir del Instituto Gurk.

La razón se supo ocho minutos más tarde de la ocupación, cuando llegó una rauda ambulancia, a la que le fue franqueada el paso, y que venía escoltada por diez coches aerodinámicos, color negro, del servicio especial de protección presidencial.

¡Y el enfermo no era otro que el propio Presidente de los Estados Unidos, Horace B. Bergsten, líder del partido liberal!

El propio doctor Gurk fue autorizado a salir de su despacho, a requerimiento de un general que no parecía tener más de treinta y cinco años, al que acompañaban seis médicos militares.

—¿Es usted el doctor Gurk? —preguntó el general, altivamente.

—Sí, soy yo. ¿A qué obedece esta invasión?

—Soy el general Joe Nawn.

Sí, Gurk lo reconoció inmediatamente. Era un famoso astronauta, el primero en tomar tierra en el helado mundo de Plutón, seis años atrás, a donde fue con una expedición científica, pilotando el primer cohete de propulsión nuclear construido por los hombres.

La gloria había envuelto al joven general, quien ahora parecía formar parte de la escolta personal del presidente de la nación.

—¿Han redactado ustedes este informe? —siguió diciendo Joe Nawn mostrando el escrito que Gurk envió aquella misma mañana a la sede de las Naciones Unidas.

Gurk reconoció su escrito y asintió.

—¿Es cierto lo que dice aquí, sin lugar a dudas?

—Ahí hemos expuesto todas las dudas que tenemos, señor

—contestó Gurk.

—Bien. Lléveme inmediatamente a esa cabina insonorizada al decir esto, el general Nawn se volvió a sus acompañantes y añadió —: Traigan al presidente.

Aquélla fue la comitiva que vio Herbert Breck, desde la cabina, penetrar en el hangar, quedando atónito, porque ignoraba lo que había ocurrido en el exterior.

Gurk le había enviado ya cinco afectados de epidemia, de suerte que, según sus cálculos, aún cabían allí dentro otras cinco o siete personas más. Pero los médicos, el general Nawn y los camilleros que subían por la escalera metálica sobrepasaban el número calculado.

Sin embargo, presintiendo por los gestos que le hacía el doctor Gurk, que algo anormal sucedía, Herbert presionó el botón de acceso, para que parte de los visitantes pudieran entrar en la cabina.

El general Nawn fue el primero en entrar, mirando en derredor y diciendo:

—Tienen que salir todos de aquí. Este lugar queda convertido en residencia oficial del Presidente de los Estados Unidos.

Herbert frunció el ceño y miró al hombre que yacía en la camilla, cubierto hasta el cuello por una sábana. Era, en efecto, Horace B. Bergsten.

—Lo siento, señor. Ese hombre puede quedarse, pero usted ha de salir ahora mismo de aquí —dijo Herbert, tajante—. Usted y los demás no parecen afectados por la epidemia.

—¿Sabe usted quién soy yo, estúpido? —exclamó el general Joe Nawn, furioso.

—Ni lo sé, ni me interesa. Usted podrá ser un alto personaje del ejército y del gobierno. Pero aquí, todavía, mando yo. Y le ruego que salga por donde ha venido. Este espacio sólo está destinado para catorce personas... ¡Y ni una más!

—¡Queda usted detenido! ¡Sacadle de aquí, pronto! —ordenó Nawn, volviéndose a los camilleros que habían entrado con él, puesto que la mayor parte de la comitiva aguardaba en la escalera metálica.

Los cuatro hombres aludidos se acercaron a Herbert, quien no se inmutó, dejándose prender.

—¿Cómo se sale de aquí? —preguntó entonces el altivo general.

—Sólo yo sé qué botón es preciso pulsar, desde aquí dentro, para abrir y cerrar las compuertas de esta cabina —dijo Herbert — , Y para que obedezca esa estúpida orden, antes habrán de matarme.

—¿Se ha vuelto usted loco? ¡Soy el general Nawn, jefe de la guardia del presidente! ¿Qué es lo que se propone usted?

—Nada —contestó Herbert — . Sólo permanecer aquí.

—¡Abra esa puerta ahora mismo! —rugió Nawn, desenfundando su pistola desintegrante y apuntando a Herbert al pecho, con lo que los camilleros se apartaron.

El ingeniero Phil Harris, y acto seguido la señora Martin, se interpusieron ante Herbert.

—Contenga su altivez, general Nawn — habló Harris seriamente —. Creo que su actitud no es lo más conveniente en este caso.

—¿Quién es usted?

—Un hombre al que atacó la epidemia y que se ha repuesto gracias a este hombre.

—¡No permito insolencias de nadie! —gritó Nawn — . Mis fuerzas rodean este edificio. Estamos bajo la ley marcial. Y mis órdenes no pueden ser discutidas por nadie. Tengo plenos poderes conferidos por el presidente.

—Sus poderes están a punto de terminar, general —intervino Herbert—, El mundo entero agoniza. ¿A quién quiere usted imponer su autoridad, cuando sus soldados hayan muerto? ¿Es que no se da cuenta que los factores vitales se están invirtiendo?

—¡Estupideces! —rugió Nawn — . He dicho que este lugar queda decomisado por el gobierno y basta. Exijo que desalojen esta cabina ahora mismo.

Herbert pudo ver que en el exterior, Gurk estaba discutiendo también con varios de los acompañantes del general y no parecían ponerse de acuerdo.

—Ellos no pueden entrar ni nosotros salir, general. Esto es un laboratorio de ensayos físicos. Aquí hay instrumentos y pilas extremadamente peligrosas. Ignoro todavía qué es lo que cura a estas personas. Es algo, sin duda. Y debo averiguarlo. Ese es mi deber, y no para salvar la vida del presidente, sino la de toda la

humanidad.

»Esa es mi misión aquí, al mismo tiempo que dar cobijo a las personas, sea cual sea su condición social, que ya todo eso ha quedado relegado a último término, y nadie puede impedirme que prosiga con mi tarea.

»No me opongo a que el presidente se quede aquí. Caben él y seis personas más, afectadas de esa enfermedad que nos azota. Si cae usted enfermo antes de que esté la cabina llena, será acogido aquí como uno más, si no lo sentiré mucho, pero no arriesgaré la vida de todos por la suya.

Pistola en mano, Joe Nawn había escuchado, sin parpadear siquiera. Cuando Herbert terminó, giró la vista en derredor y luego dijo:

—Bien. ¿Cómo se llama usted?

—Herbert Breck.

—No lo olvidaré. Le dejaré aquí a Horace B. Bergsten y no al presidente. Saldré y me instalaré afuera. El hangar es grande y desde abajo podré verles. Haga el favor de dejarnos salir.

—Eso tono me gusta más, general Nawn —dijo Herbert, yendo hacia su mesa y presionando el pulsador que abría la puerta.

Por su parte, Joe Nawn enfundó su arma y dijo:

—Esperaré hasta ver la recuperación del presidente. ¿Es cierto que todos ustedes estaban enfermos?

—Sí —dijo Harris—, y hubiésemos muerto, igual que habría muerto él, de no haber sido por esta cabina.

—¿Es la cabina o los instrumentos depositados aquí? —preguntó Nawn.

—Lo ignoramos. Pero creemos que están construyendo ya varias cabinas como ésta.

—Inmediatamente daré la orden para que se construyan varios millones de cabinas —dijo Joe Nawn, secamente—. Hemos de permanecer en estrecho contacto acerca de esto… Tiene usted razón, señor Breck. Nos va la vida a todos en esto y la salvación de la humanidad es cosa muy importante… ¡Más que mi orgullo!

Herbert avanzó y tendió la mano a Nawn, quien la aceptó, sonriendo por vez primera.

—Lo siento, general. No podía hacer otra cosa.

—Si tenemos suerte y nos salvamos, hablaremos otra vez de

esto, señor Breck.

—Será un placer.

Acto seguido, Joe Nawn y los camilleros, penetraron en la cámara intermedia a esperar que se cerrase la puerta interior, para que se abriese la exterior, y salir.

—Te felicito, Breck —dijo entonces Harris — . Creo que te debo dos veces la vida.

—Estaba dispuesto a dejarme matar antes de obedecerle

—declaró Herbert—, Pero no se llega a general a la edad de ese hombre si no se posee algo más que altivez.

* * *

El presidente se recuperó en pocas horas. Quiso saber dónde estaba y fue la señora Martin la que le respondió:

—No tema nada, señor presidente. Está usted entre amigos.

—¿Amigos? ¿Qué lugar es éste?

Harris y Herbert se acercaron entonces.

—Creemos haber encontrado el modo, si no de combatir la epidemia que asola la Tierra, al menos eludirla en parte habló Herbert, seriamente—. No sabemos con exactitud a qué es debido, pero hemos descubierto que dentro de esta cabina estamos a salvo de la epidemia.

El presidente miró a los rostros inexpresivos de las personas que le rodeaban. No conocía a nadie.

Herbert Breck, empero, pronto solucionó la cuestión:

—Permítame presentarles al ingeniero Phil Harris, del Instituto Gurk. Ella es la señora Martin, del servicio de limpieza. Este otro caballero es Lon Gregory, electricista...

De este modo, Herbert fue presentando a todos los reunidos allí, y el presidente de la nación fue asintiendo con la cabeza.

—Yo soy el único que no he sido atacado aún por la enfermedad, señor —siguió diciendo Herbert—, Soy el ingeniero físico Herbert Breck. Se me ocurrió colaborar en la investigación de esa epidemia y tuve la feliz ocurrencia de traer aquí a un hombre atacado de vómitos, el cual pretendía matar a su hija, después de haber asesinado a su esposa. El hombre ha muerto ya, pero su caso nos fue muy útil.

—Yo también estaba seguro de morir, ingeniero Breck

—habló el presidente, en tono quedo—. El gobierno estaba ya minado. En torno a mí, caían mis asesores como si fuesen moscas atacadas por un gas mortal. ¿Qué es lo que produce esta epidemia?

—Eso quisiéramos saber, señor. Más no podemos quejarnos. Parece que hemos dado un gran salto adelante. Naturalmente, usted no puede salir de aquí hasta que no pase el peligro o podamos conjurarlo. Si saliera ahora, creyéndose restablecido, su muerte sería inmediata y horrible.

—Entiendo — musitó Horace B. Bergsten, tristemente — . De todas formas, ¿qué puede hacer un presidente en estas circunstancias?

—Poca cosa. La gente está enloquecida y no obedece a más ley que la del instinto de conservación. Es el terror el que impera ahora en todo el orbe.

—¡Triste situación y rudo golpe a nuestro orgullo, ingeniero!

—exclamó el presidente—. Sin embargo, es preciso ordenar la inmediata y urgente construcción de lugares como éste, a fin de paliar, en lo posible, la tragedia. Necesitaría ponerme en contacto con mis secretarios.

—El general Nawn ha instalado su cuartel general ahí abajo, a nuestros pies. Creo que ha asumido los poderes que usted le confirió.

—¡Ah, sí, Joe Nawn; un gran hombre! Avísele, Breck. Necesito hablar con él.

Herbert abrió la compuerta y rogó a Harris que accionase el control interior, para dejarle salir.

No descendió la escalera metálica, una vez estuvo fuera, sino que llamó a Joe Nawn desde allá arriba.

—¡Eh, general Nawn! ¡El presidente desea verle!

El astronauta subió apresuradamente la escalera y se acercó a Herbert, preguntando:

—¿Es posible establecer contacto directo desde el exterior con ustedes?

—No. Observe que el material empleado en la construcción de esta cabina es cristal de ferricato de molibdeno ionizado, a fin de obtener el aislamiento perfecto. Ni siquiera las ondas de radio pueden atravesar estos muros. Lo hemos hecho transparente para

facilitar la iluminación, pero puede ser opaco.

—¿Y no podemos instalar cable telefónico? ¿Por dónde recibe usted la energía?

—La genero yo con pilas secas. No, no es posible comunicarse con el exterior. Y me temo que si eso pudiera ser, este lugar no sería la única tabla de salvación con que cuenta la humanidad.

Mientras hablaban, la compuerta se había abierto de nuevo. Joe Nawn pudo entrar y acercarse al presidente, que ya se incorporaba.

—¿Tomó usted el mando, eh, Joe?

—Sí, señor presidente. He hecho cuanto he podido para sostener la situación, pese a las numerosas bajas y deserciones que hemos sufrido.

—Lo más importante ahora es seguir el camino iniciado por estos hombres. Necesitamos refugios contra la epidemia y esta cabina parece ser lo que buscábamos.

—Ya están dadas las órdenes, señor —contestó Joe Nawn—. La gente ha respondido favorablemente. Existe un fervor enorme para colaborar. Se trata de la vida de todos y en eso no existen discriminaciones. Es la tabla de salvación de la humanidad.

—Muy bien, Joe. Haz que recompensen a estos hombres.

Joe Nawn miró significativamente a Herbert.

—Dudo que acepte Breck una recompensa, señor.

—¿Por qué?

—Es un hombre muy especial y muy práctico, que no diferencia a un presidente de la mujer de la limpieza —Nawn sonrió—. No me extrañarla que permitiese la entrada aquí a cualquier vagabundo enfermo. Aunque he tomado medidas para que eso no ocurra.

—Ha hecho muy mal, general Nawn —intervino Herbert—, Una vida humana que pueda rescatarse a la muerte siempre es importante.

—Yo he sido más práctico, ingeniero. Mis tropas no traerán aquí a cinco hombres enfermos, sino a diez niños.

La sonrisa se amplió en el rostro de Breck.

—Confieso que no se me había ocurrido eso.

—No es usted un estadista.

—Oiga, Joe. Me preocupa la situación en las ciudades. Los últimos informes eran calamitosos —siguió diciendo el presidente —. Es preciso que el ejército intervenga.

—Lo que queda de nuestro ejército está ya actuando, señor. Nos hemos quedado sin mandos. Pero, por fortuna, la juventud no ha sido atacada seriamente aún y hemos reorganizado los cuadros de mando. Pronto, el ejército se hará cargo de todo, ya que la policía ha fracasado. He dispuesto que se empleen armas de desintegrantes para destruir los montones de cadáveres que amenazan con producir otras epidemias.

Durante más de media hora, a medida que iba reponiendo fuerzas, el presidente estuvo dando órdenes e instrucciones a Joe Nawn, mientras los demás «sanados» les contemplaban entre admirados y perplejos. Jamás aquella gente había visto cómo se gobernaba un país y se dictaban órdenes como si se dieran consejos.

Entretanto, Herbert Breck y Phil Harris cambiaban impresiones acerca de la situación, afrontando seriamente el problema del fenómeno.

—Estoy casi seguro que la epidemia nos respeta aquí dentro, porque no existe modo de penetrar por ninguna parte decía Harris —, Esa es mi opinión. Laboratorios como éste y de índole más delicada, existen muchísimos en universidades y centros de investigación oficial. El único caso que yo sepa de cabina insonorizada a la perfección, es éste.

Es posible, Harris —replicó Herbert — , Y esa conclusión me lleva a deducir algo que me viene rondando desde que hemos realizado los últimos descubrimientos.

—¿Qué es?

—Se me ha ocurrido que la epidemia puede ser producida por algún tipo de radiaciones estelares que afecta a los organismos.

—Es muy posible —admitió Harris.

Breck sonrió.

—Creí que ibas a decir, como Jorge Berti, que sólo pienso disparates.

—¡Dios me libre! Estoy vivo gracias a ti. Sigue diciendo disparates de esos y tu nombre se escribirá en la historia con letras de oro, te lo aseguro.

—Hay una objeción, empero —añadió Herbert, mesándose los cabellos—. Me refiero a que ese tipo de ondas, cualquiera que sea, debe tener un origen.

—Muy sensato. No hay efecto sin causa.

No me interrumpas. Estoy discurriendo por cauces extraños. Las radiaciones no dejan huella en el organismo... Pero deberían afectar al cerebro, en vez del estómago. Claro que eso significa que no afecten principalmente al cerebro que es el centro motor de nuestros organismos. Podía ocurrir que actuasen sobre la región cerebral que controla los órganos digestivos del hombre. Esa podría ser una causa, e indicaría que esas radiaciones, de origen esotérico, sólo influyen sobre determinada región nerviosa. ¿Puede ser una pista, Harris?

—Puede serlo. Hay un modo de averiguarlo, sin ir muy lejos. Se trata de efectuar una medición radial con el oscilómetro de frecuencias hipermagnético. El ingeniero Burton posee uno. Y es raro que nadie se haya dado cuenta de la existencia de esa hipotética y nueva radiación.

—Podría ser ultrasensible... Escucha, Harris. Se me ha ocurrido algo más. Imagina un astro que emita esas radiaciones y hacia el cual nos estamos acercando en nuestro movimiento sideral. Esas peligrosas ondas invisibles llegarían primero débiles, atacando sin fuerza a los centros nerviosos de todos los seres humanos. Pero existen personas que no disfrutan de idéntica fortaleza mental. Los ancianos son unos de ellos... ¡Y los niños!

—Me parece que estás poniendo el dedo sobre las ascuas, Breck. Anda y averigua si hemos detectado alguna nueva radiación. Burton te facilitará los medios.

Herbert no quiso perder tiempo. Salió de la cabina al mismo tiempo que el general Nawn, quien le dijo:

—Le veo muy... como iluminado, Breck.

—Podría haber encontrado algo revelador, general. ¿Entiende usted, algo de radiaciones?

—No mucho. Lo suficiente para pilotar una nave espacial. Le supongo a usted mucho más preparado.

¿Cree posible que nuestro sistema haya podido entrar en alguna región sideral donde un astro emita radiaciones ultrasónicas, o algo parecido, capaz de afectar nuestras mentes, en una región que afecta a los órganos digestivos y renales?

—Me parecería muy extraño, pero jamás diría que no. Soy un progresista, Breck.

—Nosotros hemos detectado y clasificado varios millares de

ondas radiantes, procedentes del espacio. Conocemos los efectos de todas ellas, ¡menos de una, que puede ser nueva!

—¿Y si esa idea resulta cierta?

—Alguien habrá de ir a colocar algo así como un trillón de megatones en ese astro maléfico y desintegrarlo totalmente... ¡Esa es mi teoría y quiera Dios que resulte cierta!

CAPITULO 6

JACK Burton recibió a Herbert y a Lena Defring, con quien se había visto él antes de ir a visitar el laboratorio ultrasónico, casi con los brazos abiertos.

—¡Bert, cuánto tiempo sin verte!

Herbert sonrió.

—Bastante, Jack. Y parece que hemos tenido suerte, porque hemos estado en un tris de no vernos más.

—En efecto, es terrible lo que sucede.

—Vengo a examinar tu oscilómetro de frecuencias hipermagnéticas.

—Helo ahí —dijo Jack Burton, señalando un complicado aparato que había en un ángulo del laboratorio, conectado a un tubo metálico que se perdía en el techo—. Está a tu disposición.

—¿Lo has manejado últimamente?

—No. Me ordenaron colaborar con la ciencia para intentar desentrañar los misterios de la fatídica epidemia. Hace meses que no lo uso.

—¿A qué te dedicas, pues?

—«Doc» me asignó análisis radiales de medicamentos que se intentan emplear para atajar la epidemia. Millones de frascos, conteniendo fármacos diferentes, han pasado por estas manos.

Efectivamente, sobre una mesa, Jack Burton tenía una gran cantidad de pequeños frascos de cristal de igual tamaño, que contenían muestras de las más diversas medicinas.

—No servirá de nada —dijo Lena — , Ahora, nos interesa averiguar si el oscilómetro ha registrado alguna nueva radiación ultrasónica.

—Eso es fácil averiguarlo —replicó Jack Burton, yendo hacia el aparato del rincón y accionando varias palancas y pulsadores— . Efectuaremos un «barrido» por la escala. He sincronizado a la

memoria electrónica. Si existen «intrusos», la luz mágica nos avisará a la primera pasada.

Efectivamente, al funcionar el complicado aparato de registro de radiaciones, una pantalla visora fue mostrando huellas de distintos tipos de radiaciones procedentes del espacio exterior, todas ellas, clasificadas y conocidas, como eran los rayo «beta» y «gamma», y los «equis» y los «roentgen», amén de mil más, de distinta frecuencia hertziana.

Poco a poco, la aguja fue marcando números increíblemente altos, o sea de valores superiores a los cien mil hertz, para seguir ascendiendo lentamente hacia las cifras del millón, en una región de ultrasonido casi vacía.

Herbert, que conocía el oscilómetro y su funcionamiento, empezó a perder la esperanza. Las radiaciones que pudieran encontrar en regiones tan distantes del campo vibratorio sónico no podían ser interesantes.

—Nada, Bert. Ya lo ves. Creo que por este lado…

Se interrumpió Jack Burton vivamente, al ver encenderse una lámpara roja en aquel instante, deteniéndose la aguja en una cifra exorbitante.

—¡No! —exclamó Herbert.

En la pantalla visora, un punto fluctuante y luminoso, parecía parpadear con picardía, guiñándoles su ojo de luz.

—¡Inaudita! ¡Doscientos sesenta millones de hertz! —pareció estallar Lena Defring.

—¡Jamás había visto nada semejante! —barbotó Jack Burton— . ¿Qué significa?

—No lo sé. Pero ésa podía ser la explicación que busco. Hay que localizar inmediatamente el origen de esa radiación.

—Aturde pensar que en ese punto fluctuante puede estar la vida o la muerte de toda la humanidad —señaló Lena.

—Ese es sólo un punto detectado. Pero en esa magnitud y frecuencia, han de existir miles de millones de rayos que han llegado hasta nosotros últimamente y que pueden ser la causa de las calamidades que nos azotan. Es preciso fijar con exactitud ese punto, Jack. Déjalo todo y ocúpate de eso. Intentaré localizar, por radioastronomía, el lugar de origen de la radiación, que no debe ser una estrella corriente. Vamos a dar la campanada.

—Tendré los datos exactos antes de tres horas, Bert —prometió Jack Burton.

Herbert y Lena salieron del laboratorio de Burton, para dirigirse al despacho de Gurk. Pero allí no había nadie. No estaba ni siquiera el ayudante del jefe del instituto.

Perplejos, salieron al exterior. Un atribulado ordenanza les explicó la causa de la ausencia de Gurk. —¡Le ha atacado la fiebre tifoidea, señor!

—¿Qué fiebre ni qué cuernos? —rezongó Herbert — , ¿Dónde está?

—Se lo han llevado al hangar nuevo.

Lena y Defring corrieron hacia donde estaba instalada la cabina insonorizada. Un piquete de tropas armadas montaba guardia ante la entrada, pero les dejaron pasar.

Dentro, en el hangar, el general Nawn hablaba a un grupo de ingenieros, dos de los cuales sostenían a un mortalmente pálido doctor Gurk. Y el general Nawn señalaba, inflexible, hacia la cabina, diciendo:

—Lo siento, doctor Gurk. Comparto la opinión del ingeniero Breck. Los niños son primero.

Herbert levantó la mirada hacia «su» cabina, viendo a un grupo de niños, de cuatro a cinco años, que estaban sentados en torno al presidente.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—«Doc» está atacado de náuseas. Ha intentado resistir, sin decir nada, pero ha sido inútil.

—¡Hay que subirle inmediatamente a la cabina! —exclamó Herbert.

—¡No! —declaró el general Nawn, inflexible—. Ni él ni nadie más. Está completo.

Herbert se mordió los labios y replicó:

—Sé que no obra usted por rencor, general. Estoy seguro de que si fuese usted el afectado, se moriría aquí, sin penetrar en esa cabina. Pero hay casos excepcionales. Y nuestro jefe lo es.

—Si hubiese estado la cabina llena, ni el presidente habría entrado allí —contestó Joe Nawn — . Millones de seres humanos están muriendo cada hora en todo el mundo. Aquí podemos salvar a una, pero hemos de dejar morir a los demás. He dicho que no y me

atengo al consejo que me dio usted mismo, Breck.

—Escuche, general. Hemos hecho un importante descubrimiento que puede cambiar totalmente la situación.

—¿De qué se trata?

—Hemos efectuado una comprobación y hemos descubierto una radiación nueva. Es necesario que el doctor Gurk esté en condiciones de orientarnos en la coordinación de ese estudio. Estoy seguro de que ese descubrimiento puede ser la causa de nuestros males. Y no hay tiempo que perder.

—Explíquese con más claridad, Breck —exigió Nawn.

Herbert hubo de relatar la idea extraña que se le ocurrió, conversando con Phil Harris, y el resultado obtenido en el oscilómetro de Burton, donde apareció una radiación estelar de origen desconocido.

—Hay que analizar eso, detectarlo y localizarlo. Necesitaremos ese trabajo. Habrá que efectuar salidas astronáuticas, y si se confirma mi sospecha, será necesario una enorme nave espacial, hacia el astro origen de esas radiaciones, y destruirlo, o, al menos dañarlo lo suficiente para que cese de enviarnos sus malignos rayos.

—Si se encuentra a diez millones de años luz, de poco nos servirá —replicó Nawn — , Para cuando sus radiaciones dejen de llegar a nosotros, la Tierra y sus moradores habrán dejado de existir.

—Veo que es usted un profano, general. Ese tipo de radiaciones tan distantes no se comportan como las radiaciones corrientes. Su principal característica es su enorme velocidad de propagación. Aún estando el astro que las emite situado a diez millones de años luz, en pocos meses recibimos nosotros su influencia. De eso puedo hablarle largo y tendido durante años, general.

—¿Quiere usted decir que si localizamos el origen de esas radiaciones y proceden de un astro situado a diez millones de años luz, es posible destruirlo y evitar, en poco tiempo, que nos siga destruyendo con sus rayos? —preguntó Joe Nawn, perplejo.

—Sí, eso mismo, general — replicó Herbert.

—¿No está usted loco?

—En absoluto. Una nave espacial, con algunos millones de megatones a bordo, puede alcanzar un objetivo situado en los confines del universo en pocos días.

—¡O está usted loco o lo estoy yo! —gritó Nawn—, Soy astronauta y jamás había escuchado disparate semejante.

Incluso los hombres de ciencia que rodeaban al doctor Gurk miraron ahora a Herbert de modo raro. Entre ellos también se encontraba Lena Defring.

—¡Sí, es posible! —gritó Herbert—, Era un secreto que no podía revelar. Me fue confiado por el profesor Kereff, pero ahora, y dadas las circunstancias, no tengo más remedio que divulgarlo. Hay un medio para alcanzar las velocidades hiperlumínicas por medio de un inversor dimensional.

—¿Qué es eso?

—Un objeto simple, capaz de producir aceleración continua. ¿No me creen? —Herbert se volvió a Lena, la cual le miraba de un modo raro — . Es cierto, Lena. Yo no podía divulgar el secreto. Antes de ingresar en el instituto, estudié en Varsovia con el profesor Kereff.

—Lo sabía — musitó ella.

—Estudiamos algo completamente revolucionario. Fuimos él y yo solos. Y lo experimentamos en secreto. Fue un descubrimiento demasiado importante y sensacional para divulgarlo. Kereff se asustó. Sabe lo que los hombres podían hacer con ella. ¿No me creen? ¡Usted es astronauta, general Nawn! ¿Ha viajado alguna vez a un millón de kilómetros elevado a ene por segundo?

—¡Nada resistiría esa velocidad! ¡Cualquier cuerpo quedaría desintegrado en el acto!

—Yo le demostraré que eso no es cierto, general. Y si quiere hacer la prueba, será usted el primer ser humano que viaje a cien mil veces la velocidad de la luz.

—¡Inaudito!

—Inaudito, pero cierto... ¡Y Dios libre a la humanidad cuando se llegue a dominar la técnica de la inversión dimensional. Pese al juramento que hice al profesor Kereff, ahora no tengo más remedio que divulgarlo.

* * *

El doctor Gurk fue autorizado a penetrar en la cabina insonorizada. La señora Martin quiso cederle el puesto, pero el presidente Bergsten se opuso, alegando:

—Uno más no importa. Déjenle y que no salga nadie.

Luego, Herbert Breck, Lena Defring y el general Nawn se reunieron en el que había sido despacho de Gurk, donde el joven ingeniero físico tenía que hacer interesantes revelaciones.

—Tú me entenderás mejor, Lena —empezó diciendo Herbert, tomando una pluma electrónica y situándose ante la pizarra de cálculo—. En el vacío, Kereff descubrió un reactivador energético, de siglas «G.H.K.90» que, aplicado a la reacción atómica, impulsa y acelera los cuerpos en una dirección preestablecida hasta límites insospechables. Prácticamente, la aceleración no tiene límite.

»Se trata de aplicarlo, como he dicho, a un reactor atómico, tipo «Bohr». Vea este cálculo, general —Herbert empezó a trazar guarismos en la pizarra—. Velocidad inicial, cero. Primer kilómetro, doce segundos. Y en los doce segundos siguientes, la velocidad desarrollada será... ¡Vea la cifra, general! ¡Noventa mil kilómetros! Pero no se asombre. Al cabo de un segundo más, habrá recorrido un millón doscientos mil kilómetros más.

—¡Eso es imposible! Esa colosal aceleración no hay nada que lo resista.

—Cualquier objeto cuya masa sea superior a cero, obedecerá estas leyes físicas. El «G.H.K.90» sólo es un inversor dimensional de átomos. Una nave, sometida a este impulso, viajará no en el mundo físico conocido, sino en una dimensión todavía inexplorada.

—¿Quiere usted decir que desaparecerá de nuestra vista?

—¡Y hasta de nuestro universo físico, general! —terminó Herbert arrojando la pluma electrónica sobre la mesa e inclinándose hacia el general — . Será algo así, como disparar y ¡zas!, dejará de estar ante nosotros, con todo su bagaje tridimensional.

—No le entiendo muy bien, Breck.

—¿No? ¿Sabe usted lo que significa saltar al cosmos natural que nos rodea a una velocidad superior a la del espacio—tiempo? ¿Comprende lo que significaría irse y volver diez años atrás o diez años más adelante, sin que para nosotros haya transcurrido el tiempo?

Joe Nawn esbozó una sonrisa.

—Eso se escribió hace años, en los tiempos de la fantasía científica. Era puro camelo.

—¡Ahora es una realidad, general Nawn! ¡Y puedo

demostrárselo cuando quiera!

—No me haga reír.

—Le puedo hacer hasta llorar, general. Y le diré más. El «G.H.K.90», descubierto por el profesor Kereff, y que puede servirnos ahora para salvar a la humanidad, lo puede construir un niño y sólo cuesta tres o cuatro dólares.

—¡Caramba, sí que es barato! ¿Qué es?

—Una resistencia de sílice, el material que más abunda en nuestro planeta. Arcilla ionizada, nada más. Algo increíblemente fabuloso.

Lena Defring, que hasta el momento no había despegado los labios, preguntó:

—¿Un inversor dimensional hecho de sílice puede impulsar una nave a la fantástica velocidad que has dicho?

—Sí. Pero no es eso sólo, Lena. El inversor puede aplicarse a muchas cosas. La peculiaridad más increíble es la de restituir la energía mecánica y vital de seres y máquinas... Se podría retroceder físicamente de los noventa años a la infancia y seguir viviendo ininterrumpidamente durante cien mil años. Una máquina cuyo desgaste esté a punto de destruirla, recobrará toda su fuerza y tensión, al revitalizar sus materiales. Y los árboles no morirían jamás, dando frutos y más frutos durante siglos.

—Pero, ¡eso sería fantástico! —exclamó Lena.

—Sería terrible. En primer lugar, una humanidad en la que nadie muriera se convertiría en un horrible monstruo de millones de cabezas. Terminaríamos por no podernos mover dentro de este reducido mundo, y si quisiéramos salir al espacio, al que no estamos habituados, en unos cuantos siglos lo invadiríamos todo. Al no ser justo que nuestros antepasados hayan muerto y nosotros fuésemos longevos, querríamos retroceder al pasado y convivir con ellos, creándose la inmensa confusión de las dimensiones invertidas. Se podría traer, incluso, de otros tiempos, gentes a nuestra época y podríamos conversar, igual que lo hacemos ahora, con individuos ya muertos, hace miles de años, que estarían entre nosotros en una dimensión distinta.

—¡No! —exclamó el general Nawn.

—Sí. Podríamos violar el factor tiempo, anularlo totalmente. El tiempo, no existe, general. Físicamente, no es posible retroceder en

el tiempo, pero metafísicamente, sí. Y, según me demostró el profesor Kereff, el «G.H.K.90» es la llave de la metafísica... ¡Y no cuesta más de cuatro dólares y unas horas de trabajo!

»Yo le construiré uno, general. Lo aplicaremos al reactor termonuclear de una nave y en poco tiempo, depende del lugar en donde se encuentre el origen de esas radiaciones, el astro que las produce dejará de existir, por destrucción.

—Pero ¡las radiaciones continuarán viajando hacia nosotros durante miles de años!

—No ¡porque la explosión se producirá en ese astro miles de años atrás! ¿Acaso no me ha comprendido aún? Sólo hemos de averiguar dónde está y a qué distancia. De lo demás se encargará el inversor dimensional de Kereff. Es puro cálculo. Una computadora corriente nos dirá en qué fecha del pasado debemos hacer estallar ese astro, para que las radiaciones malignas que nos «estuvo» enviando cesen en este mismo momento.

—¿Y si hacemos que cese antes de producirse la epidemia, Bert? — preguntó Lena.

—En ese caso, nada de cuanto ha ocurrido habría tenido lugar.

—¡Pero eso es imposible! Existen miles de actos realizados... Winny Well mató a su esposa.

—Ella estaría viva si volviéramos atrás.

—¡Eso no puede ser, ingeniero Breck! —exclamó el general Nawn — , Me niego a creer ese absurdo.

—Estamos hablando en hipótesis, general. El inversor dimensional capaz de hacernos retroceder a toda la humanidad al pasado, habría de ser del mismo tamaño, aproximadamente, del universo. Yo he hablado de inversores individuales, pequeños, de tres o cuatro dólares. Y eso no deja de ser un problema social, pues, ese secreto en el dominio público no habrá gobierno que pueda impedir una dispersión individual hacia el tiempo.

—Estoy muy confuso, Breck. Concretemos.

—Yo construiré el inversor para una nave espacial, que deberá ir tripulada forzosamente, para que el piloto corrija los pequeños errores de cálculo que podamos tener, debido a la distancia que supongo se encuentra la estrella o el objeto que produce las radiaciones epidémicas. Aplicaré el inversor a los reactores y la nave, junto con su piloto, irán a morir en el cataclismo que tendrá

lugar en el tiempo que calculemos correcto, del pasado, para que las radiaciones dejen de llegarnos.

—¿Y morirá el piloto?

—Es preciso sacrificar una vida en bien de toda la humanidad.

—Entiendo. Buscaremos el hombre que corrija esos errores y que ya ha muerto miles de años atrás, ¿no es así?

—Así es. Morirá, prácticamente, miles de años antes de nacer.

—Parece un chiste, Breck.

—¡Los miles de muertos que produce la epidemia en todo el mundo, general, no es un chiste: es una macabra y alucinante realidad! —terminó Herbert.

—No lo hagas, Bert —dijo Lena en aquel instante — . Esa no es la solución que buscamos. Construir el inversor dimensional sería un desastre.

—Pero, ¿es que ha creído usted que todo eso sea posible? —ironizó Nawn.

—Estoy segura que lo es, general.

—¡Vamos, vamos, señorita! Estoy dispuesto a creer en todo, incluso en apariciones, pero no en eso. Y le diré más. Ya tengo el piloto de la nave que va a llevar la carga megatónica a ese lejano mundo. Voy a ser yo. Y me estaré riendo durante todo el viaje, que será interminable, mientras la humanidad permanecerá aquí, encerrada en sus cabinas insonorizadas, esperando que cesen los rayos que nos torturan.

»Ustedes, los científicos, son tremendos. Dicen las cosas más absurdas en tono doctoral y se quedan tan tranquilos, como si preguntasen qué hora es… ¡Oh, qué bonito sería volver a ser niño y jugar a la pelota con mi bisabuelo!

—Lamento que no haya estado usted a la altura de las circunstancias, general Nawn. Pero si es que se ofrece voluntario para ir a destruir ese foco de epidemia radiante, puede que le permita, antes de su partida, conversar con su bisabuelo.

—¡Oh, me alegraría mucho! Sé que fue un famoso jugador de fútbol, allá por la mitad del siglo veinte. Era inglés y…

—Le prometo que irá usted a esa época y verá a su bisabuelo, general. Ahora, permítame que me retire. Suelo demostrar mis palabras con hechos. ¿Vienes, Lena? Necesito tu ayuda y el laboratorio de «Doc».

—Sí, vamos. Pero insisto en que no debes construir ese inversor.

—Te juro por la memoria de Kereff, que sólo construiré uno y nadie me arrebatará jamás la fórmula. De mí no saldrá lo que aprendí de Kereff. Y si alguien lo descubre alguna vez y lo divulga, eso será el principio del fin verdadero de todos los hombres.

CAPITULO 7

CON la vista fija en la pantalla del 3 D, Herbert Breck escuchaba la voz trémula y nerviosa del locutor.

— ¡Estos son datos para una historia del hombre que nadie leerá jamás! —decía el informador, en cuyas manos temblaban los papeles de plástico—. Escuchen el reportaje de nuestro corresponsal volante, Harry Platz, desde Birmania, que nos ha sido enviado por radio... Es algo alucinante.

«Rangún, 20. Harry Platz, en exclusiva para la WBC de New York. He viajado desde Tokio a Pekín y desde allí hasta aquí. Lo que he visto y oído no es para ser descrito. Me llegan noticias de que en Norteamérica ocurre lo mismo. Me he visto rodeado de gentes hambrientas y desesperadas que me abrazaban por ser americano. ¡Pobre humanidad esta que se extingue! Hace unos años, viajar por estos países con pasaporte americano era una temeridad. Ahora, gracias al aliento del ingeniero Herbert Breck, difusor de las cabinas insonorizadas, ser americano es un privilegio doloroso.

»Se intentan construir cabinas refugios, pero no se consigue la perfección y los resultados son desastrosos. Prácticamente, no hay una sola cabina perfecta. Los afectados que son introducidos en estas cajas transparentes no se recuperan. Se habla de «fugas» debido a la precipitación con que se construyen. Pero, asómbrense, penetrar en una cabina cuesta sesenta mil dólares.

Herbert se mordió los labios con rabia al escuchar esto. Miró a Lena, que estaba a su lado, silenciosa y estática y murmuró:

—¡Qué canallada! ¡Se comercia hasta con la muerte! Lo más barato que hay ahora son los cadáveres.

—Era de esperar. Parece mentira que no conozcas la condición humana. Jack me ha dicho que le pidieron dos mil dólares por llevarse el cadáver de su madre del apartamento.

—... cifras espantosas —continuaba diciendo el locutor en el 3 D

—. Por ejemplo, en Pekín me dieron el número increíble de quinientos millones de muertos en lo que va de epidemia. Prácticamente, la población china ha quedado reducida a la mitad. En Tokio, sin confirmación oficial, me facilitaron en la Sección demográfica, la cifra veinte millones de muertos. De la India he recibido otra cifra: doscientos veintidós millones. El caos es total. La gente se queda allí donde cae, sea en casa o en la calle. Ciudades enteras diezmadas totalmente, pueblos abandonados, éxodo de infelices que esperan salvarse en otros lugares, creyendo que se trata de una epidemia local.

»Aterricé en la localidad de Sing, en Laos. Antes había sido un bonito pueblo de sesenta mil habitantes. Ahora está limpio, desierto, abandonado. He visto, apagadas ya, las hogueras con los huesos calcinados de los que murieron antes de producirse el éxodo. Nadie. Todos se habían ido.

»Pero en el camino, hacia la capital, la estela de muertos abandonados en las cunetas es impresionante. La seguí desde el aire, en dirección a Vietnam, y estoy seguro de que nadie pudo llegar a la capital.

»EI número de cuerpos sin vida que encontré a pocos kilómetros obstruía completamente el camino. Es algo que no puede. »

Lena Defring presionó el botón de control y cerró el aparato.

—¡No lo soporto más, Bert! ¡No quiero oír más noticias, aunque hablen de tu trabajo!

Herbert se acercó a ella y la abrazó tiernamente.

Serénate, Lena. Después de todo, ya se termina. Creo que, aunque horriblemente, la humanidad necesita pagar este tributo en vidas. Algo me dice que ahora seremos todos mejor.

Ella intentó hundir el rostro en el pecho de él, sollozando:

—No era necesario, Bert... ¡No era necesario tanto horror y tanto sufrimiento!

—Ya se termina, mi vida —musitó él, dirigiendo la mirada hacia el horno voltaico, en donde se fundía la masa de sílice con la que iba a crear una resistencia física extraordinaria — . Dentro de unas horas estará listo. Ahora, vamos a ver si se han puesto de acuerdo Burton y los astrónomos. Nos deben estar esperando.

* * *

Penetraron ambos en una sala de juntas del instituto. Tropas del ejército guardaban la entrada, pero no les pusieron dificultades, para su acceso. Dentro, en torno a una mesa circular, de conferencias, había más de veinte hombres. En una tribuna, el general Nawn y varios asesores militares cambiaban impresiones y consultaban papeles mecanografiados.

Jack Burton estaba de pie y blandía una hoja de plástico.

—Esta es la posición correcta, caballeros. Aquí tengo su paralaje y su interferometría. Disiento del doctor Vernet en la apertura de ángulo. Dos grados y tres décimas es una distancia horrible, que nos hará perder meses, y por añadidura, millones de vidas... ¡Quizás sea tarde entonces para todos nosotros!

—¿Y por qué hemos de aceptar esas medidas arbitrarias? —gritó otro hombre, en torno al que se hallaban reunidos una docena de sabios —. ¿Y si el error está ahí?

Herbert no interrumpió la discusión y se dirigió, junto con Lena, hacia la tribuna en donde estaba Joe Nawn y sus asesores militares.

¿Qué ocurre, general? — preguntó Herbert.

—— No se ponen de acuerdo en cuanto a la posición de «Radio—Fin» o «R.F.6. 564», como parece ser que se domina eh astronomía, fija una posición que su compañero Burton rechaza por dos grados y tres décimas, lo que en años luz significa una distancia fabulosa.

Comprendo. ¿Y ustedes?

Nuestras computadoras trabajan a todo rendimiento. Un calculador se nos ha puesto enfermo y ha tenido que ser llevado a las cabinas insonorizadas recién construidas... Esto es un desconcierto, créame. ¿Y su inversor dimensional?

Trabajo en ello. Kereff debió de darme algún dato falso intencionadamente Las dos primeras resistencias se fundieron en la prueba inicial. He corregido la inoación y espero que esta vez lo obtenga.

—La discusión entablada aquí terminará cuando yo levante la voz y se callen todos —añadió Nawn — . Con error o sin él, la nave habrá de partir y yo iré en ella. Pero necesitamos que usted cumpla su palabra, Breck.

Herbert se mordió los labios.

—No soy un dios —dijo.

—Pero es usted consecuente y debe hacer honor a su palabra. Piense en los millones de hombres que están muriendo cada minuto

—Pienso, general.

—¿Y qué hace aquí?

Es necesario esperar unas horas a que el horno realice su función. Quise saber si habían logrado ponerse de acuerdo.

¿Cuándo cree que estará listo su inversor? Recuerdo que me prometió ir a ver a mi bisabuelo antes de emprender el viaje.

No se burle — se enojó Herbert — , lo verá.

—Dese prisa He creído sentir náuseas.

Comprendiendo que el general Nawn se estaba burlando de él. Herbert dio media vuelta y se fue, junto con Lena, hacia la mesa en donde estaba Jack Burton, mostrando un lazo negro en el antebrazo, a consecuencia de la muerte de su madre.

Uno de los ingenieros que ayudaban a Burton, extraía en aquel momento una cinta del teletipo que tenía al lado. Herbert llegó a tiempo de oírle decir:

—La Universidad de Berkeley coincide con nosotros, Jack.

Jack Burton se volvió a Herbert. Tenía el semblante transfigurado. ·

—¡Es intolerable, Bert; no hay modo de convencer al profesor Vernet de su error! ¡No entiendo por qué la epidemia no se lo ha llevado ya! ¡Debe tener más de cincuenta años!

—Creo que en Harward tienen una cabina insonorizada, Jack. Dime, ¿estás seguro de que tus datos son fidedignos?

—¡ Me juego el pescuezo!

—Pues no discutáis más. Serán tus datos los que emplearemos y no los de Vernet. Soy yo el que debe aceptarlos.

—«Doc» y el presidente están conmigo, Bert —añadió Burton—, He ido a verles. Pero no acaban de entender qué es lo que os proponéis tú y el general Nawn.

—Nos proponemos terminar con la epidemia. No necesitáis saber más.

—Yo estoy contigo y no quiero ahondar en tu secreto. Ellos, no. Si hubieses llegado un poco antes habrías visto al general imponer el orden a grito desaforado, diciéndoles que no se preocupasen de más. La misión nuestra, aquí, es determinar la posición exacta del

«R.F.6. 564». Pero Vernet no quiere dar el brazo a torcer. Parece como si se propusiera insistir en el error deliberadamente, para conocer el secreto de Nawn.

—No lo sabrá ni él ni nadie, Jack. Lo siento.

* * *

El tubo cilíndrico estaba aún caliente. Herbert le acercó el termómetro electrónico y comprobó su temperatura.

—Mil grados, Lena —dijo—. El enfriamiento se produce lenta pero inexorablemente.

—¿Y si lo agarramos con pinzas para llevarlo a la nave? —preguntó Lena — . Habrá de calentarse de nuevo.

—No. Quiero que se enfríe aquí. Prometí a Nawn que vería a su bisabuelo y lo verá.

—Pero el tiempo que perdemos puede costar muchas vidas, Bert —se lamentó ella.

—Lo sé. Es inevitable. La humanidad ha llegado ya al límite del sufrimiento. Ahora, el factor humano, no cuenta. En realidad, Nawn ha de servirme, quiera o no, para comprobar si este «G.H.K.90» ha de cumplir la misión a la que le destinamos.

—¿Tienes dudas?

—Bastantes, Lena.

—¡Quiera Dios que se te disipen pronto!

La puerta del laboratorio se abrió en aquel instante, apareciendo Joe Nawn, seguido de dos coroneles ayudantes.

—¿Qué tal va eso, Breck?

—Hola, general. Creo haberlo conseguido. Vea este cilindro.

Joe Nawn se acercó y observó el objeto que Herbert y Lena

habían colocado sobre la mesa de trabajo y que tenía la forma de un tubo de extremos afilados, como un hueso de medio metro de largo.

—¿Qué es esto?

—Corresponde a la fórmula «G.H.K.90», general. Su contenido es sílice cristalizado. Por este extremo, señalando con el signo más, entrará la energía atómica y por éste otro saldrá el asombro.

—¿Así de simple? —exclamó Nawn, con curiosidad.

—Así mismo. Y mantengo mi promesa respecto a su bisabuelo.

—En otra época le habrían encerrado por loco, Breck. Yo sé que los locos han hecho muchas cosas importantes en el mundo. Pero corre usted el riesgo de incurrir en mi enojo. Prácticamente, soy el primer magistrado de la nación.

—Pues no tiene más remedio que confiar en mí o gobernará usted un mundo de muertos, general.

Joe Nawn se mordió los labios.

—Bien, terminemos. Demuéstreme que esto servirá.

La puerta se abrió de nuevo, asomando un soldado de la escolta, que dijo:

—Perdón, señor. Una joven insiste en ver al ingeniero Breck. Dice que es muy importante.

—¿Quién es? —preguntó Herbert.

—Dice llamarse Caryle Well.

—Sí. Déjala pasar.

La hija de Winny Well penetró en el laboratorio a los pocos instantes, quedando cohibida al ver a Nawn y a los coroneles, quienes la examinaron con interés. Lena Defring se acercó a la joven y la saludó.

—¿Qué ocurre, Caryle?

—He estado a punto de morir, señorita Defring. Una muchedumbre excitada invadió el campo donde instalamos las cabinas insonorizadas. La tropa hubo de emplear las armas para contener a la multitud. Pero no consiguieron nada: fueron arrollados. ¡Ha sido algo espantoso! Los ingenieros fueron pisoteados y muertos. A mí me rescataron los sirvientes de un tanque que me han traído aquí.

—¡Pobrecita! ¿Por qué fuiste allí?

—Quise ayudar.

—¿Sabía usted eso, general?

A la pregunta de Herbert, Nawn asintió.

—Sí. He sido informado. Ya he dispuesto que se envíen refuerzos. Pero la verdad es que la situación nos desborda. La gente acude en masa a los lugares donde se construyen las cabinas y no hay fuerza humana capaz de contener a nadie.

—¿Qué dice el presidente? —insistió Herbert.

—¿Y qué puede decir? Se ha dado orden de construir mil nuevas cabinas en Valle Lansing, sin que se entere nadie. Si conseguimos

guardar el secreto y terminarlas, podremos albergar a veinte mil personas. Pero es insuficiente. Esa no es la solución, porque los mismos que las construyen desean ocuparlas antes de ser atacados por la epidemia.

—A mí no me importa seguir viviendo, señor Breck —dijo Caryle—. Pensé que podía serle más útil aquí y por eso he vuelto. Dicen que los jóvenes tenemos más posibilidades de sobrevivir que los viejos y los niños.

—Sí, amiga mía —contestó Herbert, tomando a Caryle del brazo —, Y se me ha ocurrido que puedes servirnos de mucho, si no tienes miedo a morir.

—Haré lo que usted me diga.

—Ven. Vas a servirme en una prueba, que deseo repetir luego con el general Nawn. No creo que te suceda nada. Simplemente, vas a desaparecer durante unos minutos. Luego nos contarás lo que has visto.

—¿Vas a hacerla servir de conejo de indias, Bert? —preguntó Lena, incrédula.

—O ella u otro, Lena. No hay alternativa. El general debe saber a qué atenerse.

Joe Nawn miró de reojo a Herbert.

—No se da por vencido, ¿eh?

—No puedo hacerlo. Seguiré adelante pase lo que pase, general. Creo que ya me conoce usted.

—Bien, ¿a qué esperamos, pues?

—Necesito que se enfríe el inversor dimensional —replicó Herbert—. Es cuestión de poco. Mientras explicaré a Caryle lo que debe hacer. Ven.

Herbert llevó a la joven hasta una cápsula metálica que pendía del soporte de una máquina extraña, situada junto al muro.

—Te situarás aquí exactamente, Caryle. Cuando yo dirija los mandos, esa cápsula descenderá sobre ti y quedarás encerrada. No te ocurrirá nada. Lo más que puedes sentir es una breve sensación de vértigo. Luego te encontrarás fuera de aquí, en otra parte.

—¿En otra parte?

—Sí. Y en otro tiempo. No quiero enviarte muy lejos. Diez o veinte años atrás. Lo único que has de hacer es no hablar con nadie; y, si alguien te pregunta, escapa.

—¿Y cómo la hará volver? —preguntó Nawn.

—Invirtiendo la acción. ¿Has comprendido, Caryle?

—Sí.

—Estarás diez minutos justos. Consulta tu reloj. Luego, sitúate en el mismo sitio exacto donde te encuentres cuando llegues. Allí te recogeré. Recuerda. Diez minutos.

Caryle llevaba un relojito de oro en la muñeca. Comprobó la hora con la de Herbert y ajustó su reloj.

—Bien. Vamos a experimentar.

El interés de los testigos aumentó cuando situó a Caryle debajo de la cápsula metálica, para comprobar de nuevo la temperatura del inversor dimensional y levantarlo, valiéndose de guantes de amianto, para sujetarlo a una teja que había detrás de la máquina electrónica.

Ajustó algunos mandos y comprobó los indicadores de tensión y frecuencia.

—Listo —dijo, al fin, Herbert, apartándose de la máquina y situándose ante el tablero en donde estaba Lena.

—¿La cámara? —preguntó Lena.

—Sí, dásela.

Lena tomó una caja electrónica, provista de un objetivo ocular, y se la entregó a Caryle, diciéndole:

—Lleva esto contigo.

—¿Para qué sirve?

—Nos permitirá ver lo que tú veas. Si la dejas en el suelo y te sitúas delante de ella, podremos verte también. Es una cámara de televisión. Podrás conectarla presionando este botón rojo.

—Sí.

Lena se apartó y Herbert hizo un gesto al general Nawn.

—Ahora.

La cápsula empezó a descender lentamente sobre Caryle Well, hasta cubrirla por completo. Entonces, Herbert pareció vacilar, inquieto.

—¿Qué ocurre, Breck? —preguntó el general—. ¿No se atreve a destruir a su bella conejito de indias?

—Intentaba repasar mis ideas por si he cometido algún error, general.

—Una vida no importa. Adelante. Y piense en las demás.

Herbert aún vaciló un instante. Luego, presionó un botón y la máquina en donde estaba encerrada Caryle vibró intensamente, surgiendo algunos chisporroteos, que cesaron casi inmediatamente.

—¡Ya está! —exclamó Herbert, con voz tensa.

—¿Había realizado usted anteriormente esta prueba? —quiso saber Nawn.

—La hicimos en Varsovia hace diez años.

—¿Y quién sirvió entonces de cobaya?

—Yo mismo, general.

—¡Caramba! No me había dicho nada de eso.

—No había necesidad. Prefiero no acordarme de aquello.

—¿Y fue al pasado?

—Sí. Sólo unos minutos.

—¿Y qué vio?

—Mamuts y renos gigantes. Fui a parar a una época glaciar.

—¿No pretenderá hacerme creer eso?

—¡Miren! —exclamó Lena, señalando a una pantalla que había sobre el tablero de mandos, y que acababa de iluminarse en aquel momento, en colores naturales.

¡Y pudieron ver una carretera de asfalto por la que discurrían varias largas filas de automóviles, de modelos ya antiguos!

La imagen se movió rápidamente hacia un lado de la carretera, donde había un hombre, con atuendo antiguo: pantalón, camisa y corbata, arremangado y hurgando algo en el motor de su coche.

¡Es un «Ford» de principios de siglo! —exclamó el general Nawn . Recuerdo que mi padre tenía uno así.

En la pantalla apareció la mano de Caryle, mostrando su reloj. No llegaba ningún sonido hasta ellos. Luego vieron al hombre del coche volverse, así como a una mujer con pantalones ajustados descender del coche y señalar hacia la cámara, diciendo algo.

Inmediatamente, con gestos de sorpresa, las dos personas se acercaron a la cámara, casi obstruyendo la imagen. Debían estar discutiendo o hablando con Caryle.

—¿Qué me dice ahora, general? —preguntó Herbert.

—¿No es cine preparado? ¡Demuéstreme que la chica no está dentro de esa cápsula.

Herbert presionó un pulsador y la cápsula metálica, bajo la que había quedado oculta Caryle se alzó, revelando el vacío en donde

antes había estado la joven.

—Ya no está aquí. Ha regresado al pasado. Ahora tendrá problemas durante diez minutos. Espero que recuerde mis instrucciones y se coloque exactamente donde apareció.

Pudieron ver que se detenían algunos coches y se acercaba más gente a ver la insólita aparición.

—En alguna parte de esa época debió de quedar escrito que una joven se materializó en una carretera — observó Nawn.

——En aquella época, no daban crédito a nada de lo que veían. La sicosis de invasores extraterrestres era demasiado grande —replicó Herbert sonriendo—. Pero desde luego, esas gentes van a recibir un susto cuando Caryle desaparezca ente sus ojos.

—¿Y no hay peligro de traerse a ninguno de esos hombres?

Pues sí... Existe ese peligro. No se lo oculto, general.

CAPITULO 8

C ARYLE regresó intacta, sonriendo divertida, como si hubiese cometido una travesura. Entregó a Lena la cámara y saltó, saliéndose de la plataforma en la que había estado.

—¡Oh, vaya una sorpresa que le he dado a esa gente! Han debido de caerse de espaldas. Me dijeron que era sábado, once de junio de 2008, y que estaba a las afueras de New York, en la carretera de New Haven.

—¡Ha retrocedido casi veinticinco años —exclamó Nawn.

—Les dije que venía del año 2032 y no me creyeron. A toda costa querían saber qué era esa cámara. Les hablé de la epidemia y me tomaron por loca. Incluso fueron a buscar un coche patrulla. Unas mujeres quisieron protegerme.

—Ya lo hemos visto en la pantalla, aunque no podíamos oír nada —aseguró Herbert—. ¿Te sientes bien?

—Sí, muy bien. El susto que me di al cambiar de lugar sin haberme movido del sitio.

—No has cambiado de lugar, prácticamente. Has salido de aquí,

y te has encontrado en donde ahora estamos. Naturalmente, esa carretera ya no existe. Fue desviada hace años. Sobre el terreno que has estado se edificó este laboratorio.

Herbert se volvió al general Nawn, añadiendo:

—¿Está usted dispuesto a ir a ver a su abuelo, el futbolista?

—Preferiría más no hacerlo, Breck.

—Y yo preferiría que lo hiciera. Pero será necesario que se vista usted con ropas de hace un siglo. Deberá viajar en avión y codearse con la gente de entonces. No es conveniente que explique nada de esto a los coetáneos de su abuelo.

Joe Nawn, que estaba muy serio, mirando a Caryle, dijo:

—Preferiría no hacer la prueba, Breck. Si hemos de preparar las cosas para la destrucción de «Radio—Fin», es necesario no perder tiempo.

—Es preciso. Necesito establecer una correlación entre la fecha actual, la que ha visto Caryle, en el año 2008 y la que pueda darme usted. Esos preparativos son necesarios. Conocida la distancia de «R.F.6 564» y la posición, no podría enviar la nave sin una exactitud comparativa.

»Los datos que me ha facilitado Caryle y los que me facilite usted serán precisos. Además, podemos aún perder veinticuatro horas más hasta que tenga todo preparado para ajustar el inversor dimensional a la nave que le va a llevar a la muerte, general Nawn.

—No iré —dijo el general, muy serio—. El presidente me lo ha prohibido.

—¡Vaya, lo siento por todos nosotros!

—Irá otro hombre. Dice usted que se emplean pocos días en llegar, ¿no es así?

—Treinta y seis horas, poco más o menos, dada la distancia que me ha dado Jack Burton.

—El presidente dice que se envíe a un condenado a muerte. Tenemos uno que fue compañero mío de estudios, un gran piloto… ¿Por qué me miran así?

Herbert estaba serio.

—Perdón, general. Cuando le conocí, el otro día, formé un concepto de usted. Luego, cambié de opinión… Y ahora me veo obligado a cambiar de nuevo. Es usted un hombre sorprendente. Le tomé primero por un déspota, luego por un genio y ahora creo que

es un cobarde.

—¡No es cobardía, Breck! —chilló Nawn — , Pero no hay necesidad de que yo muera si la humanidad se ha de salvar.

—Era fácil para usted dárselas de héroe para burlarse de mí.

Me ha obligado a desenterrar un secreto que puede causar más trastornos a la humanidad que la epidemia que nos afecta. Kereff lo presintió y por eso cerró la boca. Y ahora, que no tenemos otra solución, quiere usted evadirse de esto y enviar en su puesto a un condenado a muerte.

—Son razones de estado, ingeniero Breck.

—¡Mentira! ¡A eso le llamo yo miedo! Pero no se preocupe. Quédese aquí y viva muchos años en paz. Yo iré por usted. A mí no me asusta la muerte. Además, casi es mejor que yo muera, para que conmigo desaparezca la herencia que me transmitió Kereff. Tiemblo al pensar en que termine la epidemia y yo quede con vida entre ustedes, que saben lo que soy capaz de hacer.

—No tendrá que ir usted a ninguna parte, ingeniero. Yo le traeré a ese piloto. Haga los arreglos necesarios. La nave espera, cargada de bombas de hidrógeno. Y cuando todo haya terminado y pasado el peligro, comparecerá usted ante un tribunal técnico, para dar cuenta de sus conocimientos. No es usted, ni el profesor Kereff lo era tampoco, nadie para juzgar los destinos de la humanidad. Los descubrimientos científicos del tipo que usted conoce, no pertenecen a nadie en exclusiva, sino al estado.

—¡Falso! —gritó Herbert, retrocediendo hacia el tablero de control— . No me dejaré coaccionar por usted ni por nadie. Ya no volverá a engañarme con su ductilidad. Usted no es un estadista, sino un arribista, cobarde, inteligente y cínico.

»Quería decirle eso cuando entró usted en mi cabina, exigiendo que saliéramos todos. Primero el presidente, y no por él, sino por usted mismo. Yo sé lo que hay detrás de su actitud autoritaria... ¡Nada, general! ¡Se ha visto perdido cuando el ejército se ha negado a obedecer. Eso es un desastre para usted, habituado al mando. El mundo está trastornado, sacudido por la muerte y el horror. Mueren millones y millones de seres humanos y usted pretende seguir como si nada ocurriera. Todo ha cambiado ya, general Nawn. Cuando se restablezca el orden y los muertos estén enterrados, una nueva conciencia regirá el mundo. Y puede que sí es equitativa y justa, yo

revele el secreto del profesor Kereff, para beneficio de la humanidad.

»Pero, si los pueblos continúan bajo la égida despótica y miserable de hombres como usted, ¡jamás, general Nawn, jamás sabrán los hombres lo que aquel científico me enseñó, dándome con ella la lección más maravillosa de mi vida!

—¡Les prohíbo a ustedes que salgan de aquí hasta que yo vuelva! —gritó el joven general, dando media vuelta y dirigiéndose hacia la salida.

Fue entonces cuando uno de los coroneles ayudantes, que había permanecido silencioso casi todo el tiempo, se llevó la mano a la funda de la pistola desintegrante, extrayéndola y diciendo:

—Por favor, general... ¡No se mueva!

Joe Nawn pivotó en redondo, sorprendiéndose de la actitud de su subalterno.

—¿Qué significa esto, Connally?

—Usted merece la muerte, general... Y le voy a matar.

Al decir esto, el coronel oprimió el gatillo. Un chispazo ígneo alcanzó a Nawn en el pecho, abriéndole un sangriento orificio. Lena y Caryle gritaron histéricamente y Herbert, sin dar crédito a lo que estaba viendo, murmuró:

—Dios mío... ¿Por qué?

Nawn cayó al suelo y quedó inerte. El otro coronel también miraba estupefacto a su compañero.

—¡Connally!

—¡Yo he visto morir la gente sin remisión! —gritó el aludido—. ¡Es espantoso lo que está ocurriendo en todas partes! ¿Qué importa la vida de un canalla, traidor y cobarde? ¡Eso es Nawn! ¡Yo entiendo a este hombre! —señaló con la pistola al sobrecogido Herbert—. Personas así debían regir a los pueblos y tendríamos justicia. ¿Qué podemos esperar en el futuro de un hombre que se propone eliminar al presidente y erigirse en dictador del mundo? ¡Este es Joe Nawn, un cobarde! ¡Yo juzgo por lo que veo! ¡No son momentos éstos para ser transigente!

»Usted seguirá adelante con su proyecto, ingeniero Breck. Yo no asumo el mando de nada, pero le traeré al hombre que salvará a la humanidad, y habrá de ser alguien que vaya conscientemente a la muerte, por obligación. Así entiendo yo que debe ser un líder. El

que dirige a un pueblo, debe saber morir por él... ¡Y Nawn era un miserable ambicioso! ¡Tú le conocías bien, Baxter! ¿O acaso te engañó con promesas?

—¡ Has matado al general, Connally!

—Y te mataré a ti también, si es necesario. Pero, ¿es que no te das cuenta de lo que ocurre? ¿Es que no sabes que termina la humanidad rápidamente? ¿Es que no ves el horror por todas partes? ¿Hay quién soporte esto? Quiero que se salve el mayor número de hombres, pero ha de ser para que olviden el pasado y sean mejores, no como él! ¡Quiero una humanidad de hombres como Breck!

—Usted exagera, coronel —intervino Herbert, sobreponiéndose de la impresión recibida y no pudiendo evitar que su mirada fuese al cuerpo tendido sobre el piso metálico del laboratorio de Gurk — , Yo soy un hombre corriente.

—Justo y noble, inteligente y honrado, ingeniero... ¡Y, como a mí, se rebela su conciencia al saber que un condenado a muerte, obligado, ha de ser enviado a salvarnos a todos! ¿Qué puede hacer un hombre así, si tiene en sus manos los medios para dejarnos morir a todos, con sólo desviar su nave y no alcanzar jamás su objetivo? ¿O acaso no tengo razón?

»Esas soluciones sólo son dignas de él —Connally señaló con el cañón de su arma el cuerpo sin vida de Joe Nawn — . No le importamos nada. En su mente bullía ya la idea de apropiarse de la experiencia realizada aquí. Se lo noté enseguida. Lo vi en sus ojos. Si le dejamos salir de aquí, hoy mismo se hace el amo de todo, nos domina, nos elimina y hubiese arrancado al ingeniero Breck su secreto, de buen o mal grado. Ayer mismo me confesó que se alegraba de esta epidemia. Aseguró que con menos gente, más fácil es dominar el mundo y dio las gracias a la naturaleza por la magnífica ocasión que le brindaba. ¡Así era Nawn! Ya está muerto... Uno más entre los cinco mil millones de seres que han muerto.

* * *

El presidente Bergsten ordenó encerrar a Connally y rogó a Herbert:

—Por favor, ingeniero. Lleven a cabo esa locura, ¡hagan algo! Necesito salir de aquí para dirigir los infaustos destinos de este

pueblo doliente.

Horace B. Bergsten hablaba con sentido patetismo. Herbert tuvo la impresión de que era miedo lo que minaba al hombre que había llegado, empujado por el fervor de las masas liberales, hasta el más alto puesto político del país. Pero un presidente con miedo, asustado y cobarde, que no reacciona ni ante la noticia de la muerte de Nawn, y menos ante la afirmación tajante de que quisieron desposeerle de su magistratura, era un hombre que no merecía la consideración de Herbert.

—La nave partirá hoy, señor. Yo iré en ella.

—¿Usted, Breck? ¿Por qué?

—Motivos personales. Me he propuesto salvar lo que pueda de esta vieja humanidad. Y yo he llevado el programa desde principio al fin.

El doctor Gurk, sentado junto al presidente, musitó:

—En momentos de apuro, los pueblos siempre han encontrado al hombre capaz de llevarles a la salvación... Te admiro, Herbert, y rezo para que Dios te ilumine. No puedo salir de aquí, pero te ayudo y te aliento con cuanto poseo. Quiero que tengas éxito y que esa nave ponga fin al grandioso peligro que nos acecha. Sin embargo, hijo mío, no debes sacrificarte. Te necesitamos para la reconstrucción del mundo.

Lo he resuelto, doctor Gurk. Lena ha quedado llorando en el laboratorio. Tampoco quiera que vaya. Pero sé que he de ser yo quien muera honradamente para acabar con el dolor por el que atraviesa el mundo.

Horace B. Bergsten se puso en pie y, con gesto solemne, puso su mano sobre el hombro de Herbert, diciendo:

— Si ésa es tu decisión, hijo, ve y cúmplela.

Herbert sintió una profunda repugnancia por la falsa teatralidad de aquel hombre asustado, cuyo único deseo era vivir. El presidente parecía estar diciendo, en realidad: «Muy bien, hijo. Ve a morir cuanto antes. Te rendiremos un homenaje popular y todo lo que quieras, pero nosotros debemos vivir, aunque sea a costa tuya. Tú eres listo y te has dado cuenta que mi vida es más importante que la tuya. Soy el jefe del partido mayoritario del país y la juventud confía en mí... Anda, anda, no pierdas tiempo y vete en esa nave a ver qué ocurre.»

Y como si arrastrase el alma detrás de sí, Herbert abandonó la cabina insonorizada, donde había pasado tantos meses de trabajo, no sin antes estrechar la mano de cuantos estaban allí encerrados.

Los niños le besaron con simpatía. Phil Harris les había dicho que estaban vivos gracias a Herbert, y un niño suele ser más agradecido que un hombre, aunque su agradecimiento dure menos.

* * *

La orden del presidente no pudo ser cumplida, y Connally no fue encarcelado. Había salido, acompañado de algunos oficiales, en un vehículo anfibio. Durante su ausencia, ocurrieron cosas terribles en el Instituto Gurk.

La primera y principal fue la enorme multitud que llegó hasta las inmediaciones, atraída por el rumor de que en el instituto tenían ya la solución para salvar al mundo. Esta noticia la había divulgado la WBC, de New York, y en pocas horas se congregó allí un gentío vociferante de varios cientos de millones de personas, que encontraron su camino obstaculizado por los tanques.

Esto no fue impedimento para que, trepando sobre los mastodónticos vehículos blindados, muchos hombres desesperados, que sentían ya las náuseas y los vómitos precursores de la muerte, lograsen penetrar en las instalaciones del instituto, invadiéndolo todo, luchando a brazo partido con la tropa, y llegando hasta el hangar en donde existía la única cabina insonorizada perfecta, y que había servido para descubrir el origen de la epidemia.

Allí, la tropa se puso fuerte, empleándose las armas desintegrantes. Un oficial de la guardia presidencial perdió la cabeza y ordenó abrir fuego, causando una mortandad. Pero esto no contuvo a la muchedumbre enloquecida que, saltando sobre los cadáveres mutilados, llegó hasta los soldados, los desarmó, los pisoteó y se adueñó de todo.

Aquella turbamulta frenética, cada vez más numerosa, llegó incluso a destruir la escalera metálica que subía hasta la cabina. Luego, en espantosa debacle, aullando, triturándose, subiéndose unos sobre otros en bestial pirámide humana, para conseguir alcanzar la salvación que imaginaban al alcance de sus ávidas manos, dentro de aquella reducida cabina, lo que consiguieron fue

destruir uno de los soportales de sustentación, debido a la tremenda presión humana, y derribar la cabina con todos sus ocupantes.

De nada sirvieron los gestos desesperados del presidente Bergsten, quien, por vez primera en su vida, se encontró con una multitud enloquecida que no podía oírle. Los vítores de otros tiempos se habían convertido en aullidos de dolor, de desgarramiento y desesperación, de locura, de angustia inexpresable, de muerte, sangre y destrucción.

La cabina, una semiesfera de algo parecido al hierro transparente, aplastó al chocar los soportes metálicos y luego sus ocupantes se vieron indefensos ante la turbamulta que, en su locura colectiva, no era capaz de reflexionar.

Aquello habría de significar, poco después, la muerte del presidente Bergsten, del doctor Gurk, de Phil Harris, de la señora Martin y de los demás.

Pero la locura continuó extendiéndose por el instituto. La gente lo destruía todo, irrumpiendo en los laboratorios, destrozando puertas, invadiendo pasillos y escaleras, sótanos y almacenes. Buscaban otras cabinas, algo, un agujero para ocultarse de ellos mismos, ante el alud incontenible de los que empujaban desde el exterior, saltando sobre los tanques, pisoteando a los soldados del aire, matando... ¡porque no existe nada más devastador que la furia ciega de miles y miles de seres empujados por otros miles y miles que vienen detrás, creyendo encontrar allí dentro la salvación!

Herbert Breck, Lena Defring y Caryle Well fueron testigos de aquella calamitosa invasión. Con ellos, dos soldados se habían refugiado en el laboratorio del doctor Gurk, cerrando la puerta de entrada y colocando fuertes puntales de acero para impedir que la turba pudiera irrumpir allí.

Tenían, afortunadamente, una escalera espiral que daba a una terraza, desde la cual se subía a una pequeña pista de helicópteros, hasta la que aún no había llegado la muchedumbre.

Y fue precisamente aquella salida la que les salvó, puesto que, llevándose en una caja metálica el inversor dimensional, junto con varios utensilios seleccionados por Herbert, para poder instalar el «G.H.K.90», subieron la escalera y fueron recogidos por un aparato que envió el coronel Connally en su auxilio.

Fue una huida impresionante y espectacular. Ensordecidos por el

griterío de millones de voces desesperadas, el grupo subió al aparato, cuyas hélices radiales giraban en el aire, manteniendo el piloto la palanca de despegue para salir de estampida en cuanto todos estuvieran a bordo.

Bajo ellos, como hormiguero humano, los cuerpos se retorcían en la más caótica y brutal confusión que nadie pueda imaginar.

Al fin, todos a bordo, el helicóptero despegó y el griterío quedó abajo.

Herbert, sentado sobre la caja de los instrumentos, que sus compañeras y los dos soldados habían ayudado a transportar, se santiguó y musitó:

—Jamás lo hubiese creído... ¡Qué espanto!

Todos temblaban allí. Había dos oficiales de las fuerzas aéreas. Uno, muy joven, dijo:

—Me alegro de haber llegado a tiempo. El coronel Connally me dijo que era vital sacarle a usted de ahí, aunque hubiésemos de aniquilar a toda esa masa de... —el oficial se interrumpió, como ahogándose.

Lena estaba blanca como la cera, mirando abajo, al hervidero humano que aullaba en el paroxismo de la desesperación.

—¡Dementes! —exclamó Lena—. ¡Pobre gente! ¡Es horrendo todo lo que ocurre!

Pero no podía apartar la mirada del cerco humano que bullía en torno a los edificios del Instituto Gurk.

Caryle Well no hablaba. Tenía el rostro oculto entre las manos y gemía.

—Unos millones de animales desbocados no causan tanto daño como esa muchedumbre enfurecida. ¿Es que no se dan cuenta de que así anticipan su muerte?

—No hablemos por favor —pidió Herbert—. ¿A dónde vamos?

—A la base Reed. Allí está preparada la nave espacial más moderna y grande que existe. Me han asegurado que está totalmente cargada de bombas de hidrógeno de enorme potencia. ¿Qué se proponen hacer con ella?

—Enviarla al espacio, en dirección al astro «R.F.6. 564», con la intención de destruirlo o causar la perturbación necesaria para evitar que siga enviándonos sus radiaciones —explicó Herbert, con sentidas palabras.

—¿Cree que eso es posible, señor?

—Es nuestra única esperanza.

—Pero ese astro debe encontrarse muy distante, ¿no es así?

—A más de diez millones de años luz, teniente.

—¿Y pretende usted alcanzarlo? Sus radiaciones estarán llegándonos aún durante todo este tiempo, aunque el astro se apagase en este momento.

—Prefiero más no discutir eso, teniente. Por favor.

—Como usted quiera, señor.

Se guardó un dramático silencio. El helicóptero militar volaba sin ruido, a mil metros de altura, sobre un paraje rural, de verdor y quietud.

Sin embargo, pronto aparecieron en la distancia las instalaciones de la base Reed y el aparato empezó a descender, hasta terminar posándose en una pista de piso metálico, en donde aguardaban varios oficiales jóvenes, entre los que estaba el coronel Connally, quien se adelantó para estrechar la mano de Herbert, diciendo:

—Siento lo ocurrido en el instituto, ingeniero. Me han comunicado que ha sido espantoso.

—¡No se puede usted hacer una idea, coronel; prefiero olvidarlo, aunque dudo que lo consiga. Hemos traído todo lo que nos hacía falta. ¿Dónde está la nave?

—Es aquella que está dentro del círculo blanco —dijo Connally, señalando hacia el centro de las pistas del espaciódromo —. Le llevaremos allí en un vehículo... Permítame presentarle al piloto que conducirá la nave.

—¡Quiero ser yo quien vaya a esa misión sin retorno, coronel!

CAPITULO 9

LO siento, ingeniero Breck —contestó el coronel Connally—. Hemos desestimado su demanda. Le necesitamos aquí.

Herbert miró desafiante a Connally.

—Si no voy yo, no irá nadie — replicó, retador.

—Reflexione, Breck. Esa nave puede fallar en su objetivo. Se puede hacer necesario enviar algunas más y sólo usted puede dirigir esta operación. El capitán Lehrte se ha ofrecido voluntario para esa misión desesperada. Sabe que va a morir y no le importa. No es un condenado a muerte, sino un hombre valeroso y consciente de su deber.

»Hay más como él en esta base, a los que hemos explicado la situación y que también se han ofrecido. La suerte le ha designado a él. Véale sonreír. Está satisfecho. Sabe que si tiene éxito en su vuelo, la humanidad se salvará.

»Le he comprendido, ingeniero Breck. He sido testigo de su saber y no conozco a nadie tan capaz como usted para salvarnos a todos, no sólo en estos momentos de desesperación, sino cuando se haya restablecido la calma y la muerte haya sido vencida.

»Usted sabe que me sublevé contra el general Nawn. Era mi deber eliminarle y lo hice. Hay deberes ineludibles que hemos de afrontar con decisión y entereza. Yo me hago responsable de mis actos y responderé de ellos donde sea, cuando llegue su momento. Usted tiene que responder ahora, noblemente, y aceptar su destino, que es el de todos nosotros. No puede irse, primero, porque no es experto en el manejo de estas naves. Segundo, porque le necesitamos para enviar nuevas naves, si con una no hubiese bastante. Y tercero, porque en estos momentos de locura, sólo un hombre como usted puede devolvernos la cordura.

Herbert abatió la cabeza.

—Está bien, coronel Connally. Tiene usted razón. Me quedaré.

Son razones de peso. Intentaré, por todos los medios, destruir «Radio—Fin». Una vez lo haya conseguido, hablaremos de la situación en que ha quedado el mundo. No creo ser yo el más indicado para establecer una nueva conciencia universal.

—Si usted salva a la humanidad, nadie le discutirá el derecho de establecer esos principios sociales que lleva en su conciencia, ingeniero.

Por su parte, Lena Defring, como recobrando la vida en aquel instante, musitó:

—Gracias, Dios mío... Esto es lo justo.

Inmediatamente, Herbert y su equipo se trasladaron al lugar en donde estaba situada la nave.

El capitán Lehrte fue con ellos, entablándose pronto una cordial simpatía entre ambos. El oficial demostró ser un hombre activo, inteligente y dinámico.

—¿Cómo va a realizarse ese vuelo, ingeniero? —preguntó—. El coronel Connally no ha sido muy explícito. Y tengo la impresión que la distancia a recorrer va a ser considerable.

Lena había sacado una cartera de cristal flexible y extrajo de ella los documentos y cálculos realizados por Jack Burton, dándoselos a Herbert.

—Atienda, Lehrte —dijo Herbert—, El inversor dimensional que le voy a colocar en el reactor principal va a trabajar por usted. Yo le explicaré meticulosamente cómo debe actuar. No quiero entrar en los detalles de su funcionamiento, porque no lo comprendería. Bástele saber que esta nave va a sufrir una aceleración tan espantosa, hacia una dimensión pasada, que usted no sentirá absolutamente nada. Ni siquiera una débil sacudida.

»Estará usted viajando exactamente treinta y nueve horas. Verá usted siempre un punto luminoso ante su mira de crucero. El universo no lo reconocerá, ni lo intente, porque se hallará inmerso en un espacio pretérito, distinto al que conoce actualmente. Verá mundos que ya no existen y galaxias que aún no se han formado.

»Su rumbo está fijado ya en los reactores. Su única misión, transcurridas treinta y ocho horas exactamente, o sea una hora antes de llegar a su destino, será de corregir las posibles variaciones que haya experimentado la nave en su curso. Piense en que su objetivo está marcado en la mira de crucero. Usted no perderá de

vista ese punto, que en el momento del reajuste será de mucho mayor tamaño.

«Piense también que ha retrocedido usted en el tiempo millones de años, o sea, el doble de la distancia entre nosotros y «Radio—Fin». Eso quiere decir que si las bombas de hidrógeno que lleva consigo logran alterar la fuente de radiación, nosotros dejaremos de sentir sus efectos treinta y nueve horas, exactamente, después de haber partido usted. ¿Me ha comprendido?

—No muy bien, ingeniero Breck. Pero no importa. Lo esencial está claro.

—Tiene usted, sin embargo, treinta y ocho horas para repasar las instrucciones que van escritas aquí. Su estado será normal durante el crucero.

—¿Y no hay peligro de chocar contra algo, planeta, sol o lo que sea?

—No lo creo porque su trayectoria será rectilínea. En todo caso, anticipará usted el posible choque en la pantalla de radar y podrá esquivarlo, volviendo luego a su ruta primitiva —dijo Herbert—. En realidad, el inversor «G.H.K.90» que voy a colocarle dirigirá la órbita, pero usted dispondrá del mando de la nave. Su objetivo es «R.F.6. 564» y su misión destruir la fuente de energía que produce la epidemia que tanto daño nos está causando. Nada más.

El capitán Lehrte asintió y tomó el sobre de las instrucciones. Luego, mientras se equipaba en un vehículo auxiliar, Herbert y Lena procedieron, con ayuda de una docena de oficiales mecánicos, a colocar el inversor dimensional en el punto preciso donde confluía la gran tobera del reactor atómico que accionaba veintidós impulsores de más de un metro de diámetro cada uno.

El oficial mecánico preguntó a Herbert:

—¿Cuál es la función de estos objetos que colocamos aquí, ingeniero Breck?

—Se trata de algo, cuyo funcionamiento propulsará la nave no al espacio, sino a una dimensión distinta a la nuestra. Va a ser la primera vez que se realiza una experiencia de este tipo al aire libre. Veremos la nave remontarse al cielo y desaparecer al mismo tiempo, como si sobre su cono existiera una ranura capaz de engullirla.

—¿Ya tiene usted en cuenta que está cardada de bombas

atómicas de hidrógeno? Si esto estallase en el momento del despegue se produciría un cataclismo capaz de destruir la Tierra.

—No tema, oficial. Mis cálculos están hechos.

Todo el equipo procedió a fijar el inversor y los elementos auxiliares, de acuerdo con las instrucciones que dio Breck. En pocas horas, la nave quedó lista para su partida. El capitán Lehrte, ya equipado, fue izado por una plataforma oscilante, y antes de penetrar en la compuerta de la cabina de mando, agitó la mano en señal de despedida, siendo correspondido por los millares de soldados y oficiales que confiaban en él para salvar a toda la humanidad.

Mientras, Herbert, Lena y Caryle se habían dirigido a la estación de control de vuelo, en donde aguardaba el coronel Connally y el jefe de la base Reed, un oficial pecoso que había ocupado el puesto del general Olsen, muerto días atrás, víctima de la epidemia.

¿Todo listo, coronel Connally? —preguntó Herbert al entrar.

Aquí, sí. ¿Y usted?

También. Puede iniciar la cuenta atrás.

Ordene que desalojen el círculo dos, Kemp.

Sí, señor.

—Inicien la cuenta en ciento ochenta segundos.

—Sí, señor.

Instantáneamente, la estación de control se puso en funcionamiento.

Sentados ante una gran pantalla tridimensional, Herbert, Lena, Caryle, el coronel Connally y otros jefes, vieron cómo se despejaba la pista de despegue en donde estaba la gigantesca nave del capitán Leherte, cuyos informes llegaban por onda corta, explicando que todo iba normal dentro del gigantesco aparato de cien mil toneladas.

La cuenta atrás, iniciada en tres minutos justos, pronto fue dejando atrás los segundos, hasta que la cinta grabada llegó a los últimos diez segundos.

Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno y cero.

Entonces, se encendieron los reactores de la nave espacial. Fue un instante de tensión... ¡Y, de pronto, ascendiendo su propia altura, la nave se volatizó ante los ojos de todos los espectadores, como por arte de encantamiento!

Todas las miradas de la estación de control se apartaron de la pantalla para mirar a Herbert Breck.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó Connally, atónito.

—La nave ha partido hacia su destino, coronel Connally replicó Herbert, tomando la mano de Lena y poniéndose en pie— Ahora hemos de contar treinta y nueve horas para conocer el resultado. ¡Que Dios tenga piedad de nosotros!

* * *

Nadie supo jamás lo sucedido con la nave del capitán Lehrte. El resultado, sin embargo, habló por sí solo.

En todos los observatorios astronómicos del hemisferio norte que controlaban algún cambio en el firmamento, transcurridas exactamente treinta y nueve horas de la partida de la nave atómica, pudieron ver un fulgurante destello hacia la posición de «R.F.6. 564» que fue la elocuente respuesta a algo que el pasado llevó a través del espacio en lo que pareció ser el momento mismo del estallido final de un mundo que nadie sabría jamás si estaba compuesto por una gran masa gaseosa y radiante o era un astro o una super nova, que la ciencia de un hombre joven había logrado desintegrar.

La noticia también la obtuvieron en la base Reed, a través de una enorme pantalla telescópica conectada al observatorio de Mount Wilson. Vieron el fulgor y un suspiro de alivio se escapó de todas las gargantas.

—¡Lo asombroso es que veamos en este mismo instante la explosión! —declaró Connally, atónito.

—Se produjo hace exactamente en el tiempo que ha tardado su luz en recorrer diez millones de años luz, coronel. Calcule, si quiere, el tiempo que la nave ha retrocedido para llegar y luego para que ese resplandor vuelva hasta nosotros… ¡Esa es la maravillosa obra del profesor Kereff, a quien la humanidad nunca sabrá agradecer bastante lo que ha hecho por todos nosotros!

—El profesor Kereff ha muerto, ingeniero Breck. Es usted a quien debemos dar las gracias por todo esto. Sin su providencial ayuda, nada hubiese sido posible.

—No contemos los pájaros antes de tenerlos en la jaula, coronel

—replicó Herbert—, Ahora es necesario conocer los efectos que la ausencia de radiaciones va a causar en los millones de enfermos.

Aquellos efectos se pudieron apreciar casi inmediatamente, cuando numerosas personas, aquejadas de náuseas y vómitos sintieron que sus estómagos se aquietaban, como si el centro nervioso de sus cerebros que dirigía los trastornos hubiese dejado de funcionar.

Allí mismo, en la base Reed, había hombres y mujeres que contaban anhelantes los segundos, aquejados de fuertes vómitos y dolores intestinales. Muchos murieron antes de producirse el resplandor salvador en el firmamento. Pero los que lograron sobrevivir hasta entonces, sintieron, de pronto, que volvían a recuperar la salud.

Y fueron aquellos miles de hombres, provistos de una nueva esperanza, quienes se lanzaron al exterior, gritando y saltando de alegría y aclamando al hombre que obró el increíble milagro.

Toda la explanada de la base se llenó de gente enfervorecida, que gritaba:

—¡Herbert Breck! ¡Herbert Breck! ¡Herbert Breck!

El aludido hubo de salir a una terraza, iluminado por varios focos cegadores y corresponder con saludos a los gritos de entusiasmo de la tropa que le vitoreaba.

También se había previsto aquel momento por las cadenas informativas y la retransmisión directa del impresionante espectáculo fue difundido a todo el mundo, donde los pueblos empezaban a renacer a la vida, después de la tremenda catástrofe de toda la historia del hombre.

Informadores y periodistas se acercaron a Herbert con sus micrófonos. Numerosas cámaras de 3 D.T.V. le enfocaron y ante el insistente ruego de que hablase, él hizo un gesto con las manos, suplicando silencio a la multitud que llenaba la base.

Hermanos —fue la primera palabra de Herbert—, no me deis las gracias a mi. Démoslas juntos a Dios, porque, sin su divina ayuda, esto no habría sido posible. Ha sido muy dura la prueba por la que hemos pasado. Muchas son las lágrimas derramadas en todo el sistema y en nuestro viejo mundo, densamente poblado. Hemos llorado de impotencia, de tristeza, de arrepentimiento y de vergüenza, porque el hombre se ha revelado siempre, y en esta

ocasión más que nunca, como un ser salvaje, de instintos primitivos y viles.

»Sé que ha sido fruto de la locura, del miedo, del terror. Olvidemos todos juntos, hermanos míos de todas las razas. Enterremos juntos a nuestros muertos y unámonos ahora más conscientes, preparados y nobles.

«Desterremos las pasiones que nos han dominado a todos Alejemos de nosotros el odio, la envidia, la maldad y todo aquello de infecundo y despreciable que ha anidado en nuestras almas.

«Del cielo ha llegado la muerte para millones de seres, entre los que había ¡nocentes y pecadores. Bendigamos al cielo que nos ha permitido ver el fin de la tragedia y prometamos no caer jamás en vicios y maldades.

«Este es el momento de la partida. Emprendamos todos unidos la marcha hacia el progreso, fue nuestro destino venturoso y feliz. Hay mucho que cambiar y lo cambiaremos. Somos fuertes y tenemos esperanza.

»Que nunca sea nadie injusto con sus semejantes. Repartamos todo cuanto hay de útil en la tierra y desterremos la riqueza. Trabajo, pan y justicia para todos. Piedad para el débil. Ayudemos al caído. Seamos buenos y sinceros, con nosotros y con los demás. Caridad, comprensión, humildad y sencillez. No apetezcamos más de lo que nos es necesario. Esa será nuestra doctrina, la de Cristo, y juremos cumplirla siempre, hasta el fin de nuestros días, con amor, hermandad y justicia... ¡Vivan las razas del mundo, vivan los hombres! ¡Viva la humanidad y la nueva conciencia del bien!

Las últimas palabras de Herbert Breck fueron coreadas por un grito estruendoso, que pareció brotar de todos los rincones de la Tierra, pues en todas partes se había escuchado la palabra de aquel hombre que les devolvía la vida y la esperanza.

Y el grito general que sonó durante días por todas partes fue el de:

¡Herbert Breck para presidente de la Primera República Mundial!

—¡Herbert Breck al poder!

—¡Que nos dirija nuestro salvador! ¡Le seguiremos hasta la muerte!

* * *

El día once de abril del año 2032, Herbert Breck juraba la Nueva Constitución Universal, como Primer Presidente Mundial, ante un Senado y un Parlamento creado en Roma, la Ciudad Eterna por antonomasia, ante el Papa de la única iglesia del mundo, para luego contraer matrimonio con Lena Defring,

Herbert, vestido con su sencillo buzo blanco, sin galas, puso la mano sobre el gran libro y miró a la tribuna en donde estaban los representantes de todos los pueblos del mundo.

—Hermanos —dijo ante los micrófonos — , juro respetar toda mi vida lo que se ha escrito en este libro, y cuya esencia es el mandamiento de Dios a los hombres. Juro amaros a todos con el mismo afecto depositado en la mujer que ha unido su vida a la mía, por derecho y amor. Juro que seré justo, magnánimo y tolerante. Juro que tendré piedad. Juro que dedicaré mi vida plenamente al bien de la humanidad que ha puesto en mí su fe... ¡Y juro que respetaré siempre lo que digo!

Una inmensa salva de aplausos terminó las palabras solemnes de Herbert Breck, quien luego se volvió a donde estaba sentado el Papa, que llevaba un humilde hábito malva, sin mirra ni ornamento alguno, salvo el báculo sagrado de su dignidad, con el que tocó a Herbert en los hombros y en la cabeza, diciéndole:

—Que Dios te ilumine, hijo mío.

* * *

Esta historia irreal e imaginaria, como un sueño alucinante, no quedaría completa si el autor no hiciese un repaso breve de lo que fue el mandato de Herbert Breck como Primer Presidente Mundial.

Cumplió todas sus promesas. El suelo del planeta dejó de pertenecer a los hombres. El dinero quedó abolido totalmente. Todos los ciudadanos, de acuerdo con sus posibilidades reales y no ficticias, contribuyeron a la reconstrucción y a la creación de un mundo mejor y de mayores comodidades. Dejaron de existir zonas de hambres, se crearon nuevas fuentes de aprovisionamiento y mejoró la alimentación y el vestuario, así como la vivienda, tanto asidua como de recreo.

Se fomentó el deporte y el trabajo quedó reducido a un breve número de horas, sólo entre las personas comprendidas entre los treinta y los cincuenta años. Los jóvenes asistieron todos a los centros obligatorios de enseñanza, donde aprendían lo que luego desarrollarían en fábricas y laboratorios, cada uno de acuerdo con sus aptitudes físicas y mentales.

Se cuidó a los enfermos, a los ancianos, a los niños. La familia fue la base fundamental de aquella sociedad, que no tenía necesidad de ejército ni policías, ni fuerzas de orden público, porque la cultura abolió totalmente el delito y en donde nadie podía envidiar los bienes de los demás porque disponía de todo lo necesario para vivir.

Aquellas gentes habían conocido otro estado de cosas y aceptaron gozosos la nueva situación. Todo el mundo se complacía en hacer el bien en ayudar a los demás; de acuerdo con sus fuerzas, en ser atento, amable y obsequioso con sus semejantes.

La ley no se transgredió ni una sola vez. Todos sabían sus derechos y obligaciones y los cumplían religiosamente.

Herbert Breck vivió noventa y seis años y no le sucedió su hijo Albert, por estar ya retirado de la actividad pública. Se propuso al nieto de Herbert, Lenny Breck, pero éste rechazó el honor, alegando no estar capacitado para la Presidencia Mundial.

Por ello se nombró a otro hombre, no importaba cuál Ser presidente venía a significar algo así como tener otro empleo cualquiera, manejando una grúa o diseñando máquinas o circuitos.

¿Quién podía envidiar el poder donde nadie conocía la en vida?

¿Y quién podía ambicionar la riqueza donde ésta no existía’

Desde luego, mundos así merecen set soñados

FIN